

PUBLIO HURTADO

EXTREMADURA EN TOLEDO



Luciano Jiménez Merino
IMPRESOR
Sordal Mano, 19. — Cáceres

2/22420

P. ROMERO

EXTREMADURA EN TOLEDO

IMPRESIONES DE TURISTA

POR

Don Publio Hurtado

CABALLERO DE LA ORDEN MILITAR DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, DE
PORTUGAL; SOCIO CORRESPONDIENTE DE LAS REALES ACADEMIAS
DE LA HISTORIA, DE LA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO, DE LA DE
TOLEDO, DE LA DE BUENAS LETRAS DE SEVILLA Y DE LA DE DECLAMACIÓN
Y BUENAS LETRAS DE MÁLAGA;
PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DE MONUMENTOS DE CÁCERES, DE LA JUNTA DE
PATRONATO DEL MUSEO DE BELLAS ARTES Y DE LA PROVINCIAL
DEL TURISMO

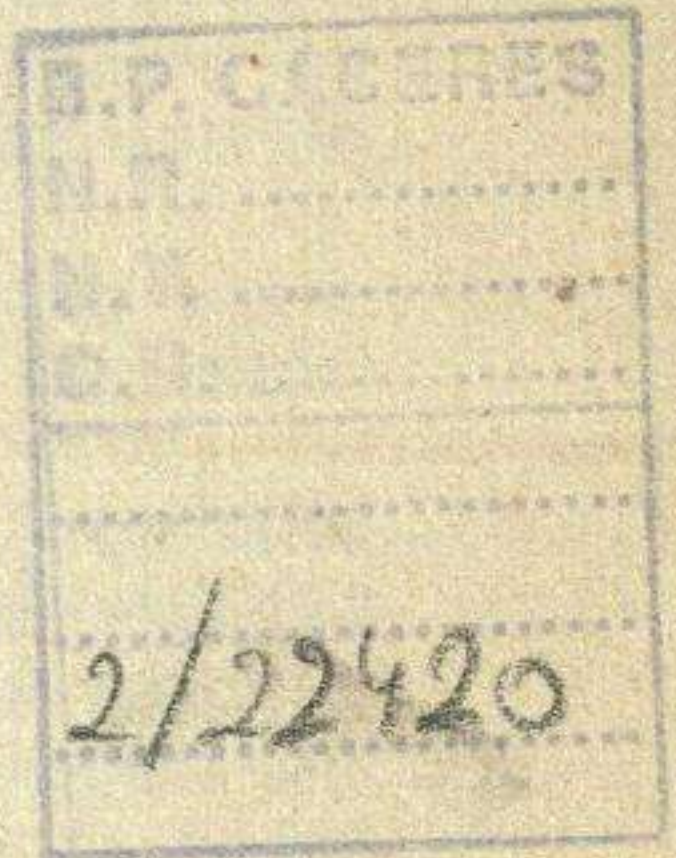


CÁCERES

Tip., Enc. y Lib. de Luciano Jiménez Merino.

19 — Portal Llano — 19

TELÉFONO NÚMERO 163



1110484

Al joven y brillante literato
D. Pedro Romero y Mendocina, en
reciprocidad de afectos, su amigo

J. Murtales



A D. Juan Sanguino y Michel.

I

EN MARCHA

Que ¿cómo me ha ido en Toledo?

Admirablemente, amigo Sanguino.

Para los que, participando de nuestras aficiones, tienen puestos sus amores en el pasado, la corte de los Atanagildos, los Dylnunes y los Alfonsos, es un nutrido relicario de bellezas y recuerdos.

¡Cuánto me acordé de usted, al discurrir por aquellas calles legendarias, tan mal empedradas, tan estrechas y tortuosas!

Ya desde que abordé el tren en la estación ferroviaria cacereña, una feliz casualidad preludió la satisfacción de mi viaje, con la presentación que nuestro amigo y compañero de Academia Miguelito Orti y Belmonte me hizo del joven D. Juan Contreras, Marqués de Lozoya, quien, después de haber pasado tres días en Cáceres, tornaba a Madrid y de Madrid a su casa de Segovia.

Era el tal un sujeto cultísimo, doctorado en Ciencias

Históricas, que regresaba de Portugal, de recorrer ciudades y escudriñar archivos, en busca de datos referentes al preclaro cronista Pero López de Ayala—engranado en el encasillado ilustre de su abolengo—, para completar su biografía.

Como natural de Segovia, departimos sobre concomitancias segovianas y cacereñas, dado que muchas familias naturalizadas en Cáceres, llevada a cabo su postrera reconquista, procedían de aquella antigua urbe, a la cual, como en cambio,—si bien obligada por los sucesos políticos de su tiempo,—fueron a avecindarse algunos individuos de la esclarecida familia de los Martínez de Cáceres, fieles adeptos del rey D. Pedro de Castilla.

Luego resultó, para acrecentamiento de la simpatía que mutuamente nos inspiramos, que su mamá, hermana del actual Conde de Cedillo, había sido, cuando niña, amiga de mi esposa, que nos acompañaba; y hablando, hablando, se nos hizo breve la noche y corto el trayecto recorrido.

Acerca de la excursión que acababa de hacer, me decía:

—He recorrido gran parte de Portugal: he admirado sus magníficos monumentos; pero la impresión que me ha producido la parte amurallada de Cáceres, ha borrado todas las demás. Es un recinto en que no debía consentirse el sacrilegio de descargar un golpe de piqueta sobre sus paredones; pues es tal el sabor de su conjunto; que no podrían sustituirlo las mejores obras arquitectónicas modernas.

—Así opinaba Hübner,—le contesté—y así opinaron Mérida, Schulten, Sorolla, Lantier, Lampérez, Oliver, el Marqués de Figueroa, Rücker, Mad. Georgina Goddard y tantos otros.

—Sí, todos los que tengan ojos para mirar, ilustración para apreciar y corazón para sentir,—concluyó el Marqués.

Y yo, aduciendo previamente este catálogo de autoridades, me propuse recomendar una vez más a nuestros ediles, ya colectiva, ya particularmente, que impidan que nuestra ciudad vaya perdiendo poco a poco esa pátina que la avalora, aunque para ello tenga que seguir sin luz un retrete, o sin ventilación el dormitorio de una doncella... de labor.

Hay que pechar con estas deficiencias en pro de los fueros y alicientes del pasado.

II

CAMINO DE LA CIUDAD

Estación del ferrocarril.—Portada del palacio de los reyes godos.—Fundación de Toledo.—Las Huertas del Rey.—La leyenda alfonsina—Zoco:lover

Al llegar el turista a la estación ferroviaria de Toledo, ofrécese a su avidez investigadora el magnífico edificio de que la ha dotado la Compañía de los ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y Alicante, amplísimo, de estilo mudéjar, fabricado de piedra, ladrillo, cemento y hierro, de visualidad encantadora, decoración suntuosa y labor de filigrana... digno *introito* de tan artística ciudad. Fué dirigido por D. Narciso Clavería, Conde de Manila, y ejecutado por el maestro de obras Mr. Hourdillé, el consumado artífice en herrería Julio Pascual, el yesista Angel Pedraza, factor de las lindas labores de yeso que ornamentan el edificio, y el habilidoso tallista Cristino Soravilla, que han llevado a cabo con geométrica precisión, primores de ejecución. Vivienda para el personal directivo, vestíbulo, salón de honor, salas de descanso, factoría de equipajes, despacho, telégrafos, retretes... todo maravilloso.

Salvado el monumental puente de Alcántara, afrontamos, no lejos de él, un portado descubierta no hace mucho, al pie de una abrupta y elevada colina, que me dijeron perteneció al palacio de los reyes godos.

Yo tenía aprendido que tal palacio o *pretorio* estuvo edificado sobre la colina, no al pie de ella. Pero es lo

mismo, y dejemos a los eruditos poner los puntos sobre las íes.

Lo sensible es que la falta de recursos haya impedido su completo descombramiento.

Emprendida la ascensión hacia la famosa ciudad,—fundada, según unos, por los celtíberos, y según otros por los judíos que inmigraron en España por los años 590 antes de Jesucristo,—subimos y subimos por la pendiente estrada en un carruaje de alquiler, cuando mi esposa, que tendía su mirada por la anchurosa vega, me dijo:

—Ahí tienes las *Huertas del Rey*.

Esta indicación fué una especie de *eureka*, que hizo surgir instantáneamente en mi memoria la leyenda alfonsina, cien veces en las crónicas leída.

Allí tenían los walíes y reyes moros de Toledo, un palacio o casa de recreo, y en ella hospedó el ilustre monarca Almamun al infante castellano D. Alfonso, hijo del Rey D. Fernando I, que perseguido por su hermano D. Sancho II pidió amparo al toledano.

Cierta tarde en que éste había bajado de paseo a tan ameno lugar, acompañado de imanes, jeques y wazires, conversaron entre sí acerca de qué parte de las defensas de la ciudad era la más débil y asequible al asalto de un ejército enemigo, discurrendo sobre el tema largamente. Al terminar la conversación, uno de los sarracenos descubrió muy cerca del sitio en que se hallaban y como dormido tras unos floridos arbustos de tupido ramaje, al Infante D. Alfonso.

¿Lo estaría realmente?

Almamun, que estimaba de gravedad la posesión por un extraño del táctico secreto, necesitaba cerciorarse. Así que en alta voz, para que el imberbe joven se enterase, ordenó que trajesen y le echasen en la mano plomo derretido.

El regio adolescente no dió señales de estar despierto.

Aportaron el plomo... y D. Alfonso consintió que se lo echasen en la mano, fingiendo despertar al dolor que le produjo el candente metal, lo que tranquilizó a los celosos mahometanos; sirviéndole el secreto sorprendido para reconquistar más tarde la fortificada ciudad.

Y por eilo lo sobrenombraron algunos *el de la mano oradada*.

Pero dejémonos por el pronto de estas leyendas, porque si nos engolfamos en las que la tradición atribuye a cada azuda, a cada bancal de las jaqueladas parcelas de tan feraz rellano, vamos a llegar muy tarde a la Meca de nuestra peregrinación.

Cuesta del Miradero... Calle de las Armas... ¡Zocodover!...

¿Zocodover?

Miré a diestro y siniestro. ¡Qué desilusión!

Mi fantasía, al sonsonete de romanceros, jácaras y tonadillas se la había fingido amplia y grandiosa, rodeada de edificios en que refulgiese el típico marchamo de su alcurnia, y fuese digno palenque en que los Yusuf, los Abdallah, los Yahyas, los Armídez y otros gentiles caballeros lucieron jaiques, marlotas y capellinas, corriendo sortijas, lanzando bofordos o lidiando reses bravas, y me encontré con una explanada reducida, de forma trapezoidal, no muy simétrica, circundada de edificios modernos de ningún mérito ni visualidad, en cuyos portales había instalados cafés, tiendas de tejidos, confiterías, objetos adamasquinados y cesterías, con un reducido perímetro de menguada barbacana en el centro, en el que vegetaban unos cuantos árboles entecos, que ni siquiera daban sombra a una horchatería de quita y pon, emplazada junto a un urinario público.

No, no era este el Toledo que yo buscaba. Habría que ir a buscarlo más adentro.

III

LA CATEDRAL

La víspera del *Corpus*.—Los tapices del templo,—El interior de éste.—Capillas, altares y hornacinas: el Cristo del Olvido.—Imaginería y enseres del culto.—Sepulcros arzobispales.—La procesión del Santísimo *Corpus Christi*.—Los gigantones, tarasca y Ana Bolena.—La campana gorda.

Era la víspera del *Corpus*.

Como la festividad de la Sagrada Eucaristía es la que con mayor magnificencia se celebra en la basílica toledana, la ciudad hervía de forasteros.

Ya estaban enarenadas las rúas; ya estaba entoldada la carrera; ya se ostentaban engalanados los muros exteriores de la Catedral con la colección de ricos tapices que posee, fabricados en gran parte por Vandennecke y regalados a la primada por el Cardenal Portocarrero, que representan a San Eugenio, San Eladio, San Ildefonso, San Julián, San Eulogio, episodios de la vida de Moisés, Salomón, San Pedro, y hasta de las guerras de Alejandro Magno, más otros motivos profanos.

Entré en el templo...

¡Qué desquite más soberbio!

De la pobreza de Zocodover a las riquezas de la iglesia Primada, toda amplitud, toda grandiosidad, toda decoración, toda arte, había un mundo de distancia.

Yo no fui a Toledo como crítico (¡perdón!)... quise decir como aprendiz de crítico siquiera. ¡Ya quisiera haber logrado ese modesto grado de tan especial sabiduría!

Fui como simple turista, a recoger impresiones de personas, cosas y acontecimientos, desordenadas, incoherentes, defectuosas muchas veces, pero que hiriesen mi imaginación y me hablasen de cosas desconocidas, sin el trabajo de solicitar elementos de juicio, para descartar lo verdadero de lo falso. Si la cosa o hecho visto u oído tenían luz, color, movimiento.. un toque o destello emocionante, me bastaba. No iba allí a pensar, sino a sentir.

¿Qué puedo decir de la Catedral vista de paso?... Que es un recinto extensísimo y augusto, de estilo gótico, construído sobre ruinas de templos paganos en el siglo V, y estuche que guarda cien tesoros artísticos, en él acumulados por la piedad de reyes y magnates. Tiene cinco naves de colosal elevación y atrevidas arcadas que descansan sobre enormes pilares fasciculados; iluminado todo desde la altura por policromas vidrieras que pueblan el espacio de fantásticos colores, esfumados por las albas espirales del incienso.

Circundan el perímetro muchas capillas, de las que descuellan por su amplitud, reliquias y obras de arte que contienen, la de la Virgen del Sagrario, la de San Pedro, la de Reyes Viejos, Santiago y San Ildefonso, a la que bajó del Cielo la Virgen María y puso la casulla al santo titular de ella, arrodillado a sus pies, como se le representa en un medallón de marmol existente en la capilla... Allá abajo la muzárabe, donde se dice misa según el rito gótico: y no lejos de ella, junto a la puerta del Juicio, adosada a uno de los pilares, sobre el muro, una elegante y magna hornacina plateresca, con la efigie de Jesús atado a la columna, a que las gentes llaman *El Cristo del Olvido*, ante el cual una señora joven, vestida de negro, con los ojos anegados en lágrimas, miraba a la imagen mientras sus labios, trémulos por el neurosismo del dolor, articulaban sordamente una plegaria,

Este Cristo debe tener muchos devotos, porque en el

mundo,—inmenso Leteo de ingratas y estériles orillas,—son más ¡mil veces más! las promesas, las deudas, los afectos y sacrificios que se olvidan, que los recordados y cumplidos.

No digo nada de la Capilla Mayor y su valiosísimo retablo, encomendado por el Cardenal Cisneros a los mejores entalladores de la época; del Sagrario, del Presbiterio, del Transparente, del Coro, con sus sillerías, órganos, tribunas, púlpitos, rejas, estandartes, cirios; cruces, mangas, lámparas, atriles, y demás enseres del culto, cuyos detalles puede encontrar el curioso en las monografías e historias locales, así como los referentes a la sacristía, relicario, sala capitular, vestuario, claustros y demás dependencias, a cual más interesante y repleta de objetos de inestimable valía.

Pues ¿y en imaginería?... El jaspe, el mármol, la piedra de granito, el marfil, el bronce, las maderas más preciosas y el arte decorativo más acabado, han poblado altares, hornacinas y lienzos murales de las más bellas y milagrosas concepciones, siendo una de las pinturas que más llaman la atención del visitante, la colosal figura de San Cristóbal, que pintada al fresco, se destaca en la pared, por la parte interior del templo, junto a la puerta de los Leones, llevando en brazos al Niño Dios y por bastón una palmera.

Por último, como incrustados y a ras del pavimento, confrontando con las capillas más devocionadas, sepulcros de mármol y alabastro de varios de los arzobispos que rigieron la iglesia, con elocuentes epitafios, postrer alarde de las vanidades mundanas.

Al día siguiente al de mi llegada, se celebró la fiesta del Santísimo *Corpus Christi*, que tantos devotos y curiosos atrae anualmente a la ciudad.

De fundas, cajones, vitrinas y rincones reservados,

habían salido ternos, enseñas y alhajas, a las que sólo baña Febo de año en año; y los cadetes de la Academia de Infantería vestidos de gala, a tres pasos unos de otros cubrían la carrera.

Después de la solemne misa, cantada por la capilla, al no interrumpido repique de campanas y los aturdidores acordes de la potente trompetería de los órganos, se ordenó y puso en marcha la procesión, encabezada por la Guardia Civil y timbaleros a caballo, vestidos a la federica. Seguíanlos un sinnúmero de cruces, mangas parroquiales precedidas por la de la Catedral, gonfalones y estandartes de gremios y cofradías, siguiendo luego la custodia, alhaja la más estimada y valiosa de la Catedral, mandada labrar por el ínclito Cisneros al maestro Enrique de Arfe, que la terminó en 1524, y pesa diez y siete arrobas, por cuyo motivo es conducida en un fuerte carretón, conveniente y ricamente revestido.

Presidía la procesión el Cardenal Sr. Guisasola que adornaba su pecho con el Toisón de Oro, al que acompañaban el Obispo auxiliar y numeroso contingente de dignidades, canónigos, beneficiados, capellanes... el sochantre con cetro o batuta para dirigir el canto, y mucho clero, entre el que se destacaban las Varas de Plata que vigilaban la comitiva, con sus pelucas empolvadas y sus argénteos y enormes bastones, con los que golpeando el pavimento, llamaban la atención a los irreverentes y distriados.

Detrás el Ayuntamiento con sus maceros, la música de la Academia, y un piquete de cadetes, que se acrecentaba de momento a momento, conforme el séquito procesional iba pasando ante ellos.

A pesar de tan majestuoso ceremonial, me pareció que allí faltaba algo que completase el cuadro. ¡Y faltaba en efecto!

Todo buen cristiano sabe, o debe saber, que la fiesta del Santísimo *Corpus Christi*, aunque antiquísima y englobada en el luctuoso ceremonial del Jueves Santo, no adquirió independencia, esplendidez y alegría, hasta principios del siglo XIV, en que el Papa Juan XXII la secularizó, digámoslo así, dando participación en ella al elemento civil, que pechó con sus gastos y se esforzó en prestarle brillantez y pompas inusitadas, regocijándola con danzas, músicas, cohetes, representaciones teatrales y toda clase de festejos.

Estos han ido desapareciendo poco a poco. Desde luego eché de menos en la procesión toledana las *danzas* o cuadrillas de bailarines de ambos sexos, que por luegos siglos fueron luciendo sus habilidades coreográficas delante del Santísimo Sacramento, remembranza litúrgica de los coros que cantaban y bailaban delante del Tabernáculo, en el templo de Salomón.

Del mismo modo noté la ausencia de aquella taifa de figurones, compuesta de gigantes, gigantillos, tarasca y Ana Bolena, que precedían a la procesión, alborozando a paletos y chiquillos, ya con sus bailes sosos y desgarrados, ya con sus cabriolas y carreras tras los muchachos.

Allá arriba... en una de las estancias o claverías del claustro alto de la Catedral, permanecen arrumbados, polvorientos y atarazados por la polilla.

Los gigantones simbolizaban por su magnitud, indumentaria y atributos, las cuatro partes del mundo: Europa, Asia, África y América.

Los gigantillos o cabezudos eran figuras grotescas a que las gentes daban según las épocas, nombres de personas a quienes el vulgo quería menospreciar. Así se dió el caso, una vez triunfante la revolución que derrocó el trono de D.^a Isabel II, de que las turbas liberales llamasen Sor Patrocinio y padre Claret a dos de estos maniqués, que iban vestidos uno de monja y otro de fraile; denominaciones que proporcionaron, el año que tal aconteció, serios disgustos entre el clero y los concejales.

La tarasca era un ofidio alado y monstruoso, de enroscada cola y cuello que se alargaba y encogía, que databa de tiempos de las guerras religiosas y simbolizaba el protestantismo; y la Ana Bolena, una muñeca fea y ridículamente ataviada (la antítesis de lo que realmente fué la esposa de Enrique VII) que bailaba sobre el escamoso caparazón de la tarasca, inventada y sacada a la picota del escarnio público por los mismos odios doctrinales, como promotora del cisma que separó a la Gran Bretaña de la comunidad católica, apostólica y romana.

Estos proscritos elementos eran motivo de jolgorio y bullanga, expresión del gozo popular que debía contribuir a ensalzar la gloria del triunfante Nazareno en el día de su fiesta, más señalada, más portentosa, más ingente que las demás fiestas religiosas.

Y antes de abandonar la Catedral, mencionaré un objeto que es a Toledo lo que el papamoscas a Burgos, lo que la giralda a Sevilla, lo que el maragato a Astorga, lo que el lagarto al pueblo de El Casar: *La campana gorda*.

¿Qué forastero de condición sencilla pasa por la ciudad de Diego Porcellos sin contemplar el rojo figurón denominado "El papamoscas?", ¿Y cuál otro visita la patria de San Ildefonso sin preguntar y embobecer ante su renombrada y desmedida campana?

Ya lo dice el cantar.

Para campana grande
la de Toledo,
do caben siete sastres
y un zapatero.

Se fundió en 1753 y se le puso por nombre San Eugenio: pesa, según me dijeron, 1.543 arrobas: el badajo

está separado de ella, en un rincón del pavimento, por su enorme calibre y dificultad de moverlo: sírvense de otro más pequeño; y para que las campanadas no aturdan, vése en la copa una hendidura de una pulgada de ancha que amortigua sus vibraciones y la hace sopor-
table.

IV

OTROS TEMPLOS NOTABLES

Santa María la Blanca.—El Cristo de la Luz.—Iglesia de El Tránsito.—
San Juan de los Reyes.—El Cristo de la Vega.

Después de la Catedral, son dignos de ser visitados como joyas arqueológicas, prez de nuestra riqueza monumental:

Santa María la Blanca.—Antigua sinagoga arábigo bizantina del siglo XII, que consta de cinco naves paralelas, con treinta y dos pilares octógonos, de capiteles ornados con perfiladas y bien combinadas lacerías, que soportan veintiocho arcos de herradura, de ladrillo revestido de estuco, engalanados con atauriques.

Preciosos frisos, primoroso artesonado... todo esto y algo más constituye artístico recinto, donde se venera la efigie de Nuestra Señora la Blanca, en un precioso retablo que alguien atribuye a Berruguete o cuando menos a alguno de sus discípulos.

De templo talmúdico, pasó a serlo cristiano el año de 1405, en que el populacho, inflamado por las predicaciones de San Vicente Ferrer, acometió a los hijos de Judá, y se lo arrancó con sanguinaria violencia.

El Cristo de la Luz.—Esta ermita existía ya en el siglo VI: reedificóse en el XI al gusto arábigo bizantino, como la anterior, y como ella se construyó de ladrillo revestido de estuco, habiéndose hecho en ella con posterioridad varias reparaciones. Volvimos a encontrar las columnas sin base, las arcadas de herradura, los

graciosos arabescos... Sobre el arco principal que pone en comunicación los dos departamentos en que se divide el monumental recinto, el escudo del Rey Alfonso VI, que es de madera, y ostenta una cruz blanca sobre fondo de gules, que se colocó sobre el altar para decir la primera misa, que en este santuario se celebró y oyeron los conquistadores al ocupar la ciudad.

En el retablo de este altar, que es de estilo churrigueresco, se adoran dos imágenes: El Cristo de la Cruz, y la Virgen de la Luz, de cuyas dos advocaciones se formó la que actualmente lleva la ermita.

El primero es la efigie toledana en torno de la cual la fantasía popular ha tejido más leyendas.

En una, que remonta al tiempo de los godos, se refiere que dos judíos, aprovechando la soledad del templo, dieron al Señor, con una pica, un golpe en el costado, abriéndole una herida de la que surgió copioso chorro de sangre. Atemorizados los agresores, cogieron el crucifijo y envuelto en unos paños lo llevaron a su casa y lo arrojaron en un pozo. Notan su falta los fieles al siguiente día, siguen el rastro de la sangre, rescatan el crucifijo y matan a pedradas a los sacrílegos hebreos.

Puesto de nuevo en su altar el Señor, como la grey cristiana acostumbrase, reverenciándolo, a besarle los pies, los judíos se los envenenaron para vengarse de los fieles, a fin de que los devotos al besárselos, aspirasen o absorbiesen el veneno y muriesen; mas la efigie al aproximársele una mujer, retiró el pie que iba a besarle, desclavándolo de la cruz, como hoy se ve, e investigando el por qué de aquel nuevo prodigio, se descubrió el veneno en que se los habían bañado. Refiérese también que al reconquistar Alfonso VI la ciudad y pasar por delante de la ermita, arrodillóse ante ella el caballo que montaba; y como a pesar de espolearlo, el animal permaneciese arrodillado, admiró al monarca y su séquito, los que reconociendo el edificio, encontraron al derribar un tabique del templo al Santo Cristo, alumbrado por una

lámpara de aceite que ardía hacia tres siglos sin consumirse, por lo que se le llamó *El Cristo de la Luz*, haciéndose en el acto un altar en que se dijo la primera misa, al reconquistarse la plaza.

Iglesia de El Tránsito.—Otra sinagoga que costeó en 1360 el opulento judío Samuel Leví, tesorero del Rey D. Pedro de Castilla y dirigió su correligionario Meir Abielí, al estilo arábigo andaluz.

La labor estucal que recubre sus paredes es tan prolija y delicada, que más que materia pétreo, parece una inmensa blonda de Malinas, coronada por una cornisa de arquitos estalactíticos del más refinado gusto.

En el muro de Oriente hay un hueco donde el rabino explicaba el Viejo Testamento, y después se colocó por los cristianos el altar en que se adora *El Tránsito de Nuestra Señora* la Virgen María.

En el muro occidental la ornamentación varía, y aunque no tan rica en detalles, no es menos elegante. Tiene tres ventanas que alumbran el recinto, la del medio del arco apuntado festoneada de lobulillos, y las de los lados de ésta, en forma de herradura, haciendo un conjunto gratísimo a los ojos, que en las pechinas se descubren esculpidos castillos y leones. En los lienzos laterales se descubren indicios de tribunas, y por cima de éstas un friso primorosamente alicatado, sobre el que campean escudos de castillos, leones, y flores de lis; encontrándose por todas partes inscripciones hebreas, ya de proverbios bíblicos, ya de salmos, ya de plegarias a la Divinidad.

El artesonado, que es de alerce, es artísticamente fenomenal. En el cuerpo de la nave hay otros cuatro altares...

Es una joya tal este recinto, que he osado medio bosquejar, que las mejores obras ilustradas de arte no lo olvidan; como tampoco lo olvidan los Rostchild y otros potentados israelistas, que casi todos los años hacen como una peregrinación a Toledo, a esparcir sus espíritus en aquel ámbito venerando, que más de cuatro veces han

intentado adquirir a peso de oro, para reconstituir en la imperial ciudad un núcleo de correligionarios que continuasen en ellas las tradiciones hebraicas.

San Juan de los Reyes.—El genio de Sostrato, que de transmigración en transmigración, alentaba aún en el siglo XV, se durmió una noche de luna en los jardines de Gnido .. Se durmió y tuvo un sueño de hadas, esas jóvenes sobrenaturales de eterna belleza, que todo lo saben, todo lo pueden y todo lo hacen, las cuales se entretenían en construir a modo de un templo o un palacio: ¿para un rey? ¿para un héroe? ¿para un dios?... De todos era digno; y mientras una tiraba líneas planeando el monumento, otras con suprema prolijidad y delicadeza labraban fustes, ensamblaban arquitrabes, adelgazaban junquillos, recortaban florones, trazaban ojivas, decoraban repisas y doseletes, modelaban estatuas, pintaban vidrieras, esmaltaban azulejos, filigranaban piedras y estucos, y aceplándolo todo en prodigioso conjunto, remataban su labor con asombro del genio soñador, que al despertar pidió a un hacecillo de “no me olvides”, que le había servido de cabezal, los efectos de su virtud recordatoria.

Vagando por el mundo, siempre con el deseo de realizar su artística visión, acertó a pasar muy cerca de la insigne D.^a Isabel I, Reina de Castilla, en ocasión de estar ésta arrodillada ante un cuadro que representaba al seráfico San Francisco, al que clamaba:

—Santo mío: si las armas castellanas triunfan de las portuguesas, prometo construirte el convento más suntuoso de cuantos haya en España.

Este voto lo hacía la soberana el día antes de librarse la célebre batalla de Toro, en la que el Rey de Portugal vencido y fugitivo, perdió la esperanza de ceñir a sus sienes la corona de Castilla, que se afirmó para siempre en las de D.^a Isabel.

Para cumplir su voto, eligió ésta como arquitecto al modestísimo Juan Guas; se filtró en el espíritu de este

el genio errante de Sostrato, y se levantó el templo de San Juan de los Reyes, que resultó... lo que parece y lo que es: un sueño de hadas.

¿Su descripción?...

Hágala quien posea mayor técnica y mejor pluma. Para apreciarlo, hay que verlo.

Decía el grandilocuente Castelar, que jamás había presenciado espectáculo más fantástico y maravilloso, que el que le ofreció el claustro de este convento, contemplado a la luz de la luna.

Y el gran orador, que era un artista sublime, sabría lo que se decía.

El Cristo de la Vega.—Así llaman las gentes, hoy día, a una modesta ermita, resto de la que un tiempo fué célebre *Basilica de Santa Leocadia*, fundada por el Rey godo Sisebuto, que en sus días fué iglesia preto-riense. En ella se celebraron los concilios nacionales IV, V, VI, y XVII, asambleas político-religiosas en que se echaron los jalones de nuestro derecho canónico y civil; y en su recinto se dió sepultura a San Ildefonso, San Eugenio III, San Eladio, San Julián y otros arzobispos toledanos, a varios reyes godos y otros magnates, como se dió después en las naves laterales del patio que la precede, a las dignidades, canónigos y beneficiados de la Catedral y personas principales que costeaban largamente los sepelios.

Hoy está reducido su recinto, como he apuntado, a una modesta capilla, en la que se destacan dos altares adosados a los muros laterales, en uno de los cuales se venera la imagen de Santa Leocadia y en el otro la de San Ildefonso, alzándose sobre el altar del frente la del *Cristo de la Vega* que da nombre legendario a la ermita.

¿Legendario?... Sí; porque este hermoso crucifijo, dada la actitud que tiene, con la boca entreabierta como a punto de pronunciar alguna palabra, la mano desclavada del santo madero, y el brazo caído, ha dado, como el Cristo de la Luz, ocasión a varias tradiciones.

Cuenta una de ellas que bajó el brazo para testificar la deuda de un préstamo que un cristiano hizo a un judío y éste negaba: otra, que lo hizo para aprobar el perdón que, después de un desafío entre dos caballeros, junto a las tapias del templo, había otorgado a su rival moribundo; y otra, en fin, la más poética de las tres, al intervenir como testigo en una querrela amorosa, en que una incauta niña había sacrificado su honra a las arteras exigencias de un galán, que después de deshojar la flor de su inocencia, la arrojó a la turbia corriente del olvido. La cuitada lo buscó, lo asedió, le exigió llorando el cumplimiento del juramento, señuelo de su desgracia, que arrodillados ambos ante el venerado Cristo le había repetido apasionadamente... ¡Todo en vano! Entonces la burlada amante, transida de vergüenza y de dolor, acudió al Alcalde Mayor de la ciudad, pidiéndole justicia, para que obligase al perjuro a que se casase con ella o lo castigase como merecía.

—¿Tenéis alguna prueba de la promesa negada?—le preguntó el severo Juez, y esta pregunta la desconcertó, porque la soledad había sido la confidente y protectora de la oferta y su flaqueza. Y al considerarse por ello desahuciada y aviltada para siempre, y al burlador mannero arrufado y triunfante, exclamó en una corazonada de desesperación:—¡Sí, tengo un testigo: el Cristo de la Vega!...

Hoy un Juez al que una denunciante hiciese semejante manifestación, se sonreiría probablemente entre incrédulo y compasivo, juzgando a la dolorida más capacitada para ocupar una celda en la clínica del Dr. Ezquerdo o en el manicomio de San Baudilio, que para ejercitar una acción penal. Pero entonces no: la ley era ley, y no había otro remedio que cumplirla al pie de la letra, atendiendo más a ésta que a su espíritu; prescindiendo, en una palabra, de toda sindéresis jurídica.

Y llegaron al templo el Alcalde Mayor, el escribano, los corchetes, las partes interesadas y gran número de

curiosos, e interrogado el divino Señor por el primero, si fué cierto el juramento que hizo el mancebo a la desolada niña, desclavó la diestra mano de la Cruz y bajando el brazo, la posó sobre los Evangelios, prueba más que plena de la realidad del juramento. Asunto emocionante que ha dado pie a muchas lucubraciones poéticas, entre las que descuella la de Zorrilla, titulada *A buen juez mejor testigo*, que aprendieron de memoria, todos los amantes de las bellas letras de la segunda mitad del pasado siglo.

V

SUMA Y SIGUE

Iglesias muzárabes.—San Andrés.—San Juan Bautista.—Santa Leocadia.—La Magdalena.—Santiago del Arrabal.—Santo Domingo el Antiguo.—San Clemente.—Convento de Capuchinas.—Convento de Santa Fe.—San Pedro Mártir.—San Román.—San Salvador.—Santo Tomé.

En las estipulaciones bajo las cuales se entregó el pueblo toledano a los bereberes agarenos, se estableció que la población cristiana que no abandonó sus hogares, y fué denominada *muzárabe*, tendría para sus prácticas espirituales seis iglesias, que fueron: Santa Justa y Rufina, San Lucas, San Sebastián, Santa Eulalia, San Marcos y San Torcuato.

Éstas dos últimas no existen ya. En la de *Santa Eulalia*, había una cofradía titulada de la *Vera Cruz*, cuya fundación se atribuye al Cid Campeador. La de *Santa Justa y Rufina* hizo de catedral, mientras los árabes tuvieron convertida en mezquita la Primada; en ella se enterraron los arzobispos de aquella época y se celebraron algunos concilios diocesanos, y de su recinto salía el Viernes Santo la procesión del Santo Entierro, a la que concurría el gremio de sastres, con unos disfraces que les depararon el mote de *Mariquitas las negras*; viéndose en sus retablos cuadros de Tristán y *El Españolito*. De la de *San Lucas*, no quedan reliquias antiguas, a fuerza de reparaciones: fué cementerio de muzárabes toledanos, y encuéntrase entre sus valiosas preseas, una de las cruces que enarbolaba San Vicente Ferrer en

sus predicaciones por la ciudad. Y la de *San Sebastian*, reducida a simple ermita, de construcción moruna, que aun conserva algunos cuadros meritorios y sepulcros del siglo XIV.

Otras muchas ¡pero muchas! pueden mencionarse como dignas de estudio para el profesional y de curioso para el simple aficionado. Citaré algunas de ellas, anotando sucintamente los detalles u objetos que lo merezcan.

San Andrés.—Fué antigua mezquita y hoy parroquia. Atestiguan su origen, dos capillitas emplazadas a los lados del crucero. En la de la Epifanía, consérvanse artísticos sepulcros. Tiene cuadros pintados por el Greco, Gálvez, Sémini y otros, y entre ellos uno que representa a las hijas de Lot emborrachando a su padre.

San Juan Bautista.—También parroquia, de construcción relativamente moderna, espaciosa y monumental, de estilo dórico y construída donde, en remotos siglos, se alzaba la casa de los padres de San Ildefonso, Arzobispo y Patrono de Toledo. Fué morada de los jesuitas hasta que fueron expulsados; ofrece obras de arte muy apreciables, y bajo sus bóvedas se celebran fiestas muy suntuosas y lucidas.

Santa Leocadia.—Parroquia de arquitectura greco-romana, erigida en el solar en que nació y vivió la santa mártir. Es de tres naves, y en la capilla del testero, del lado de la Epístola, se venera a la Virgen de la Salud, de grandísima devoción para los toledanos; y entre sus alhajas, conserva una custodia que llaman *El Sol de Orán*, por proceder de la iglesia que hubo en dicha ciudad africana, que perdimos en 1792.

La Magdalena.—Es un compendio de arquitectura: la torre, árabe; la capilla mayor, gótica, y el resto del edificio, grecorromano. La imagen más reverenciada de esta iglesia, es el *Santo Cristo de las Aguas*, cuyo favor se implora en las sequías.

Cuentan que esta imagen vino Tajo abajo, sobre la

corriente hasta llegar a Toledo, deteniéndose junto al puente de Alcántara, allí donde la corriente es más impetuosa. Acudió el pueblo, el clero, las hermandades religiosas, y trataron de sacarla fuera de las aguas. Ninguna lo consiguió: al acercársele los salvadores, la imagen se alejaba; mas al tomar vez la de la Vera Cruz, el Cristo se vino a ella, hasta tocar en la orilla, y con ella se quedó en vista del milagroso acontecimiento.

Santiago del Arrabal. Toda esta parroquia es de construcción morisca, como su vecina la puerta antigua de Bisagra. Es de tres naves, y el objeto que en ella llama preferentemente la curiosidad del visitante, es el púlpito de piedra blanca y delicadamente exornado por el mismo estilo, frente a la puerta de entrada, desde el cual predicaba San Vicente Ferrer a los toledanos, a fines del siglo XIV y principios del XV, con éxito asombroso por las conversiones conseguidas.

Santo Domingo el Antiguo. Convento de monjas benitas, notable por su capacidad y sus bellezas arquitectónicas. Es antiquísimo, y su reforma la trazó el Greco al estilo dórico, quien además labró sus esculturas y pintó sus cuadros. El altar mayor es obra de Monegro y adornan los restantes obras de Tristán y de Carducho.

San Clemente. Convento de monjas bernardas, de los mejores y más capaces de Toledo, rico en bellezas artísticas y en enseres del culto. Su portada, de estilo jónico, es verdaderamente monumental y se atribuye a Berruguete. Su altar mayor de mármol, resaltando en él lindas estatuas y preciosos medallones.

Convento de Capuchinas. —Fué fabricado en el siglo XVII, de piedra de granito, y la iglesia es de una sola nave, de estilo grecorromano. En su interior abunda el mármol, el jaspe y el bronce. Su principal imagen es un magnífico Señor Crucificado, tallado en cedro, y obra de Alejandro Algardi, profusamente indulgenciado por la Santa Sede, contando además con buenos cuadros de Ricci.

Convento de Santa Fe, o de las Comendadoras de Santiago.—Primero fué priorato de la Orden de Calatrava; luego pasó a la de Santiago, y las religiosas de este monasterio, fueron siempre unas verdaderas señoras, pues cada una tiene su sala, su dormitorio, su cocina, sus criadas... reciben sus visitas separadamente de las demás claustradas, y todo su porte es aristocrático. En la iglesia, que es espaciosa, hay algo que trasciende a extremeño, cual es, un Ecce Homo de Morales, y un San Pedro y un San Francisco, que según los inteligentes pudieran ser obras del mismo y célebre pintor.

San Pedro Mártir.—Convento de predicadores, de meritoria fachada del renacimiento, artísticos patios, espléndidos claustros y suntuosa iglesia grecorromana, de tres naves y hermosa verja dorada cerrando el crucero. Tiene un buen retablo y varios sepulcros de nobles familias, con estatuas yacentes, y entre ellos el del gran poeta Garcilaso de la Vega.

La sillería de su coro merece ser examinada con detención; así como la mesa de jaspe de colores que hay en su sacristía, y un Cristo laborado en una raíz de hinojo, traído de América por un religioso dominico.

Hoy está destinado tan notable edificio, a hospicio y casa de maternidad.

San Román.—De arquitectura arábica, mezquita en su origen, desde cuya fuerte torre, D. Esteban Illán levantó banderas y aclamó a Alfonso VIII por Rey de Castilla (1166). La Capilla Mayor, de estilo plateresco, es preciosa, ornada de florones y medallones de mucho gusto, y su retablo está poblado de estatuas y altos relieves, viéndose por doquiera sarcófagos y enterramientos familiares con sendos epitafios.

San Salvador.—Fué mezquita hasta el reinado de Alfonso VII: luego se hizo parroquia cristiana. Tres cosas se encuentran en ella verdaderamente notables. La pila bautismal, de barro cocido, muy exornada de flores y escudos de armas, toda recubierta de un baño

parecido al de los azulejos moriscos: una capilla primorosisima dedicada a Santa Catalina, propiedad de los Condes de Cedillo, con un retablo gótico, magistralmente dorado, a cuyo lado se alza otro altar plateresco, con mesa de jaspe y un retablo de factura delicada y correcta, como obra de Alonso Berruguete, a quien se atribuye; y en el centro del retablo una tabla en que está pintada de mano maestra la escena más patética de nuestra redención... Cristo expirante en la Cruz, y a sus pies su afligida Madre, San Juan y la Magdalena.

Algún autor llama a este cuadro *la perla toledana*, y afirma ser la mejor pintura de las muchas y buenas que atesora la imperial ciudad.

Santo Tomé.—Templo de tres naves, tan reformado repetidamente, y siempre perdiendo, que hoy sólo merecen la pública atención dos cuadros: uno el del pasaje en que Santo Tomás, para creer, vió y tocó las llagas de Jesucristo, que pintó D. Vicente López, y ocupa el lugar preferente del altar mayor, y otro el celeberrimo que representa la muerte del Conde de Orgaz, obra maestra del Greco, que se contempla al final de la nave de la Epístola, sobre el sepulcro de dicho Conde, espléndido magnate que reedificó éste y otros templos de Toledo.

VI

ESTABLECIMIENTOS BENÉFICOS, DOCENTES E INDUSTRIALES

Hospital de Afuera —Hospital del Nuncio. —Hospital de Santa Cruz. —
Instituto General y Técnico. —Academia de Infantería: recuerdos de
sucesos memorables. —Fábrica de espadas.

Amén de estas iglesias, ermitas y conventos, y prescindiendo de otros muchos que ni aun menciono por no hacer demasiado pesada esta reseña, haremos rumbo hacia los principales establecimientos benéficos, docentes e industriales de la localidad.

Merece figurar a la cabeza de ellos el *Hospital de San Juan Bautista*, llamado vulgarmente *Hospital de Afuera*, erigido en el suburbio de las Covachuelas, por el Arzobispo D. Juan Pardo y Tavera, a mediados del siglo XVI.

Nunca el estilo dórico se desenvolvió con más amplitud ni proporcionalidad. Es de dos cuerpos; en su fachada, de acabado almohadillado, hiérguense dos torres. Tiene un patio magnífico, con soberbias arcadas, amplias dependencias y espaciosos e higiénicos dormitorios.

Por el patio se entra en la iglesia, que es de mármol y está dedicada al divino Precursor, dispuesta y labrada por Alonso Berruguete... y en el centro del crucero, el mausoleo del piadoso Cardenal, en que el propio artífice y su hijo hicieron uno de sus mayores alardes de genio, habilidad y gusto. Águilas en sus ángulos; episodios de las vidas del Bautista, Santiago y San Ildefonso; la Ca-

ridad y las Virtudes cardinales; medallones, florones, guirnaldas... y en medio la estatua yacente del ínclito Tavera, regocijo del arte.

Es edificio que merece visitarse.

También reclama largo rato de atención el *Hospital del Nuncio*, así llamado por haber sido su fundador un representante de Su Santidad Sixto IV, para asilo de dementes.

Su escalera es grandiosa y *sus jaulas* muy bien dispuestas; tiene hasta cuatro patios con dobles galerías de artísticas arcadas; la puerta de entrada al edificio es monumental, y su iglesia, que está dedicada al Misterio de la Visitación de Nuestra Señora, ostenta en medio del retablo, un gran cuadro con un Crucifijo, pintado por Goya.

Y de esta clase de establecimientos, sólo mencionaré, además, el *Hospital de Santa Cruz*, fundación del Gran Cardenal de España D. Pedro González de Mendoza, edificado a principios del siglo XVI y destinado a recoger, criar y educar a los niños expósitos.

Es edificio magnífico, de estilo plateresco, con cuatro grandes patios, y en medio de ellos la iglesia en forma de cruz griega, y en su centro la cúpula, apoyada en cuatro hermosos pilares, con el altar donde decían la misa. Los artesonados son prolijos y ostentosos; las cruces campean en toda la obra; las columnatas de sus hermosas galerías son de mármol, y su portada plateresca es tan grandiosa y meritoria, que los franceses en 1810, tuvieron el proyecto de trasladarla en cajones a París, estimándola uno de los monumentos más acabados e incomparables de Europa.

Hoy está destinado tan suntuoso edificio, a Museo y Biblioteca provinciales.

Instituto General y Técnico, o sea Colegio de segun-

da enseñanza. Es un cumplido edificio de ladrillo y piedra de granito, con dos cuerpos, construído al estilo jónico, precedido de una espaciosa y doble escalinata trazada en su fachada principal, que remata en una meseta sobre la que se abren hasta cinco portados flanqueados por columnas pareadas, del orden indicado, y arriba, sobre ellos, el escudo del Cardenal Lorenzana.

Este centro de enseñanza fué edificado a fines del siglo XVIII para instalar en él la Universidad, ya existente desde 1520, que anduvo, como viviendo de prestado de unos en otros locales, hasta que tuvo definitivamente éste por suyo, donde acabó como Universidad en 1845.

Sus aulas son desahogadas, como construídas *ad hoc*; su sala de actos (o Gimnasio, como la llaman) muy capaz y bien decorada, con sus tribunas de doradas balaustradas, y cumplido estrado para el claustro de profesores; no desdiciendo de estos departamentos las restantes oficinas y dependencias.

Centro de enseñanza es también la *Academia de Infantería*, donde los presuntos defensores de la patria aprenden el arte de la guerra, y a ser corteses, pundonorosos, hombres de ciencia y patriotas.

Y como dicho centro está establecido en el Alcázar, subamos a él.

Hállase situado en una eminencia que domina la ciudad, y fué siempre o casi siempre la morada de sus señores o gobernantes. Su origen, según algunos, se remonta a tiempos semifabulosos; pero es indudable que ya anidaron en sus torres las águilas romanas, y de época en época fué señoreado y ampliado por godos, árabes y castellanos. El Emperador Carlos V reconstruyó su heterogéneo conjunto, empleando en la obra a los más famosos arquitectos de su tiempo, y quedando tan a satisfacción del

Monarca, que un día, al subir sus soberbias escaleras dijo:

—Hasta que he subido estas escaleras, no me he sentido verdaderamente Emperador.

Pero siempre presidió su destino negra estrella, pues apenas se reconstruía, sobreveníá un incendio, ya casual, ya intencionado, que lo arruinaba; y cuando no era el fuego, era la saña de sus enemigos, la que lo echaba por tierra a mano airada.

Hoy, casi terminado, ofrece un magnífico palacio cuadrangular, con un torreón en cada esquina, unidos entre sí por lienzos murales de fortísima consistencia y remarcable visualidad, aunque de distintos tiempos y estilos.

El más interesante, que es el de la fachada principal, es de arquitectura plateresco-greorromana, de tres cuerpos de piedra sillería, almohadillada la del superior; hermosas rejas con copetes que figuran, unos el escudo de España y otros un enlace de la C y la I; artísticos balcones y holgados antepechos, con una cornisa abalaustrada por remate que completan esta fase de la palacial mansión.

Antes de penetrar en su recinto, hay que descubrirse ante dos majestades que lo enaltecen con su inmutable presencia: Recaredo y Receswinto, el que convirtió en apostólicorromana la nación española, arriana en su mayoría hasta su reinado, y el que reformó sabiamente la legislación visigótica peninsular.

Salvado el vestíbulo, se entra en el patio principal. ¡Qué paralelogramo! ¡qué galerías! ¡qué arcadas!... y en medio de él, la estatua de Carlos V, armada de espada y lanza, sobre una encadenada figura humana que se retuerce bajo sus pies y dicen ser la imagen del Furor.

Capilla, aulas, dependencias... todo es espléndido y artístico, adivinándose en cornisas, frontones, entablamentos, cartelas, áticos y ferretería, las magistrales manos que los labraron.

Tan antiguo y preeminente solar, —pretorio, alcázar

y palacio sucesivamente,—como morada de príncipes y reyes, tuvo que ser teatro de escenas alegres y gozosas y de tragedias horribles y emocionantes.

Y lo fué, en efecto. ¿Cómo no, si la vida del hombre, de la raza y de la humanidad, es un eterno claroscuro de dicha y desventura?...

Allí está la entrada de la cueva en que Santa Leocadia, después de apaleada bárbaramente de orden de Daciano, agostó sus juveniles encantos, y contestando a sus verdugos con una triste sonrisa de resignación, vió llegar gozosa la hora que esperaba, y rompiendo las ligaduras que obligaban a su espíritu a convivir con las miserias del mundo, subió a la patria de los bienaventurados.

Allí el cubículo en que el farriano Leovigildo sucumbió como Macbeth, atarazado por los remordimientos, por la muerte que mandó dar a su hijo el santo Hermenegildo.

Allí el *cœnatio* en que el odiado Witerico, al final de un opíparo banquete, fué asesinado por los tiufados, cómites y gardingos, sus cortesanos.

Allí la estancia en que el gran Wamba, adormecido por un tósigo, fué tonsurado y vestido de monje, con lo cual, según una ley del reino, quedó inhabilitado para seguir reinando, perfidia a que el astuto Ervigio debió su ascensión al trono de Ataulfo.

Allí las mazmorras a las que diariamente bajaba Kasilda, la agraciada y piadosa hija de Almamún, a socorrer y consolar a los cristianos cautivos, a la que sorprendió un día su padre y la preguntó: “¿Qué llevas ahí?,”—“Flores,,,” le contestó la joven; y soltando las puntas de su delantal, cayó sobre la escalera una cascada de rosas y azucenas; milagro que al par de otros que revelaban la gracia de Dios que en ella refulgía, la llevaron al santoral cristiano con la advocación de Santa Casilda.

Allí las horas de lágrimas y desvelos que la Reina

D.^a Leonor pasó durante muchos años, por los celos que aventaba en ella Alfonso VIII, enamorado hasta el delirio de la judía Ferosa, que aprisionándolo en la tupida red de sus hechizos, no le daba lugar a que atendiese a su familia ni a los negocios del reino, por lo que una conjura de nobles, a la que no era ajena la Reina, sorprendiendo a la endiosada hebrea, en su casa de las Covachuelas, en ocasión de estar ausente el regio amante, le dieron muerte a mano airada.

Allí las lamentaciones de D. Alfonso el *Sabio*, por las triunfantes rebeldías de su hijo D. Sancho, que, mientras aquél hacía cantigas, consultaba las estrellas y soñaba con lejanos imperios, él sumaba partidarios entre la nobleza y los consejos, para ganar en su día la Corona de Castilla, a despecho de los Infantes de la Cerda.

Allí *El calabozo de D.^a Blanca*, donde la esposa legítima del Rey D. Pedro, mandada encarcelar por éste, lloró el abandono en que la tuvo desde luego su desatentado consorte, cautivo de las gracias de la Padilla.

Allí los viriles actos de D.^a María Pacheco, mantenedora de la causa de los Comuneros, después del desastre de Villalar, tan infructuosos a la postre como los de aquéllos.

Allí, por último, la orgiástica baraunda que las tropas de Stanope y Atalaya defensoras de la causa del Archiduque D. Carlos de Austria, produjeron la noche del 29 de noviembre de 1710 que precedió a su partida de la ciudad, noche de disolución y desenfrenos; comparable sólo a la célebre noche de Valpurgis; que terminó con el incendio del Alcázar, uno de los más formidables que padeció.

La Fábrica de Espadas.—Es el establecimiento que compendia y mantiene el universal renombre de esta industria toledana.

Ya en tiempos del Emperador Augusto eran famosas las armas blancas que en Toledo se batían, por su finura, su temple, su brillo y fortaleza, fama que conservó, a través de los siglos, que excluía todo parangón, a no ser con las fabricadas en Damasco.

Y sin embargo, no había un taller oficial donde se forjasen; la industria era particularísima; mas eran tantos los privilegios y agasajos de que disfrutaban los espaderos, que eran más que suficientes para mantener el fuego sacro de su ponderada labor.

La generalización de las armas de fuego la hizo decaer en el siglo XVI; pero el gran Monarca Carlos III la reanimó dispensándole la protección oficial, y dotándola de talleres propios, costeados por el Estado, que son los que hoy subsisten, a orillas del Tajo, a kilómetro y medio de la capital.

El edificio, que es de traza sencilla y se ha ido poco a poco ensanchando, tiene un gran patio, pisos inferior y superior, pabellones para los jefes, habitaciones para los empleados, subterráneos abovedados para las máquinas, fraguas, talleres de forja, almacenes, más otras dependencias y capilla en que se da culto a Santa Bárbara, Patrona del Cuerpo de Artillería a cuyo cargo corre el establecimiento.

VII

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

La casa de Mesa.—La Exposición y los expositores —D.^a Paula Alonso de Vidal.—Un rincón de Cáceres.—Los hermanos Cabrera.—Proyecto de monumento al *divino* Morales.—González Plaza.—Artistas meritorios.

Uno de los alicientes que Toledo ofrecía a los forasteros en estos días, era la Exposición de Bellas Artes, instalada en el gran salón de la *casa de Mesa*.

Y en verdad que no podía haberse elegido mejor marco para tal cuadro.

La casa de Mesa (así llamada por pertenecer a una familia mayorazguista de este apellido) es un caserón de los más antiguos de la imperial ciudad, mutilado varias veces por la piqueta demoledora de los siglos, y reparado con mejor o peor acierto; mas conserva una *tarbea* o sala en el piso bajo, que vale un potosí, de unos diez y siete metros de larga por seis de ancha y diez de alta, a la que se entra por un arco de herradura, tan proporcionado, prolijo y delicadamente exornado, que no tiene nada que envidiar a los más acabados sevillanos y granadinos de su género y contemporáneos. Los ojos se extasían en aquellas tiradas de bordados de estuco que recubren las paredes, en que almocárabes, ataujías, enlaces sarmentosos y otros adornos artísticamente combinados, alternan con ajimeces moriscos y blasones castellanos, bajo un espléndido artesonado, todo obra del siglo XVI.

Sobre fondo tan meritorio, en el derrame de la puerta de entrada, en las paredes interiores y en medio del salón, estaban ordenados cuadros, esculturas, hierros, objetos de cerámica toledana, proyectos de monumentos... ¡muchas cosas de que no puedo tratar en detalle!

De pintores sobresalían: D. Rafael Ramírez de Arellano, por el número de sus cuadros (veintitrés y casi todos retratos, el mejor el suyo) y por su magistral factura el *jardín* y el *patio* toledanos de D. Ricardo Arredondo; la *petenera*, *gitanas* y *bargueñas* de D. Matías Moreno; y los nueve de la discípula de éste D.^a Paula Alonso y Herrero de Vidal, hoy ya maestra en el *office* de Apeles, que ha patentizado con exuberancia su dominio del lápiz y el pincel como dibujante y pintora, y hasta como escultora, confirmando la opinión de hija predilecta del Arte pictórico, que ya logró anteriormente en Salamanca. Un *retrato* de su padre, un *pordiosero*, una *gitana*, la *entrada a la Capilla de Anaya* (Catedral vieja de Salamanca) un *estudio de árboles en invierno*, *conejos*, *lilas*... ya al óleo, ya a la acuarela, ya de relieve; hecho todo *con amore*, con naturalidad, gracia y soltura, suavidad de tonalidades, delicadezas de miniaturista, transparencia y jugosidad de colorido, cualidades que la conferían y así opinaba el público inteligente, el primer lugar entre los expositores.

También con estas obras llevó a Cáceres a aquel ilustrado concurso, con un trabajo que titulaba *Una calle de Cáceres*, que era un cuadrado pintado en uno de los balcones de mi casa en esta capital extremeña, en que figuraban las escalinatas que desde las Piñuelas Altas conducen a San Mateo, con el arco que a su final se abre, muy próximo al del Postigo, coronado todo por el torreón de la muralla que tras él se yergue, coloreado por las rojas llamaradas del sol poniente.

Nada más real y bien concluido. Y lo pintó en 1889, cuando su esposo D. Pedro Vidal, (mi amigo y mi Men-

tor en esta excursión turista) estuvo de arquitecto municipal en Cáceres.

Como buen cacereño, le agradecí en el ánimo que hubiese arrancado a los vetustos rincones de mi pueblo aquella nota sugestiva y poética, solicitando con ella para mi patria un minuto de atención de los amantes de lo bello que acudían a aquel adoratorio de la estética.

Y no quiero hablar más de esta señora,—cordial amiga de la mía,—porque no se atribuya a parcialidad lo poco que de ella escribo... poquísimo, comparado con lo que de sus cuadros habló la prensa y con el sinnúmero de felicitaciones que por todas partes recibía, y del empeño con que al fin lograron de ella, que aceptase un puesto en el Jurado elegido para calificar los trabajos de otra Exposición de labores de aguja, que muy en breve había de realizarse, sobre la base de que todos habían de reproducir algún motivo pictórico, escultural o de ornamentación toledanos.

Esta sucesión de exposiciones, se llama en buen romance, *patriotismo*.

¿Cuándo dará este caballero una vuelta por acá?

Otro artista, extremeño por su cuna y condición, ha avalorado con sus obras aquel palenque de la proporcionalidad y el gusto: Aurelio Cabrera, nacido en Alburquerque, profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Toledo, y aventajado discípulo de Fidias; pintor y escultor al mismo tiempo, ha presentado catorce o diez y seis cuadros, tan meritorios como suyos, fijándose los visitantes con especialidad en el titulado *Pacita y su padre*, pintado al pastel. Mas la principal de sus obras, es un proyecto de monumento al *Divino Morales*, hijo de Badajoz y estrella de primera magnitud entre los pintores mundiales.

Este monumento ha debido erigirse ya en la ciudad pacense; pero aún no se han puesto manos en la obra. ¿Se pondrán?... Para ello se aguarda una coyuntura propicia, y puede que el proyecto cristalice.

Participa de los tres caracteres, arquitectónico, escultórico y pictórico: tiene la novedad de ser, en su forma triangular, simbolizando las tres personas de la Santísima Trinidad, y su pedestal es trasunto del firme y noble suelo extremeño, vivero de tantas grandezas divinas y humanas, guardado por grifos triunfantes, representación mitológica de la Inteligencia y de la Luz. Bajo la amplia portada del solar pacense, se descubre la pulcra y severa estatua del exímio pintor de las angustias sobrehumanas, ornando este cuerpo del monumento columnas protodóricas. Sobre él se alza otro en forma de linterna, que en cada uno de sus frentes ostenta un escudo en cuyos fondos se copian cuadros de los más selectos del monumentado, pintados o compuestos con vidrios de colores, que al encenderse el foco eléctrico que ocupará el interior de la linterna, le prestará un efecto visual tan esplendoroso como sorprendente. Por cima hay un templete, y en cada uno de los tres huecos del mismo una estatuita, simbolizando las tres virtudes teologales. Sobre éstas, en el friso del templete, una corona de espinas por entre cuyas lacerías asoman cabezitas de querubines, emblema de la realeza por el martirio y de la realeza por la sabiduría.

Por remate, el signo de nuestra redención.

Es una verdadera joya tan genial como preciosa; dándose la coincidencia de que este proyecto se haya exhibido por vez primera en Toledo, donde Morales estuvo algún tiempo cultivando sus extraordinarias facultades, con los grandes maestros que allí había, y donde dejó valiosos recuerdos de sus progresos.

Regino Cabrera, hermano del anterior y Maestro de talla y carpintería en la misma Escuela, exhibió una mancha de color muy bien dispuesta y entonada del castillo de Alburquerque; y en escultura ofreció un busto muy original, de carácter festivo, titulado *El primer tirón*, que representa a un pobre labriego que acosado por fuerte dolor de muelas, se pone en manos de un

barbero poco ducho en el oficio, que le afianza la muela y tira. La muela no salió, pero fué tal el dolor del paciente, que provocó en él una mueca acentuada, tan expresiva y magistralmente interpretada, que excita la hilaridad de los que la contemplan.

Otro benemérito extremeño solicita la atención de los curiosos con dos retratos pintados a óleo: D. Federico González Plaza, presbítero, natural de Guadalupe y cura ecónomo de la parroquia de San Nicolás, bien conocido en el estadio de la prensa, como paladín del socialismo cristiano, con el seudónimo de *El Cura de Zarza-Capilla*.

En orden a sus condiciones artísticas hay que apuntarle una novedad: Plaza, como Caravaggio, no tuvo jamás profesor de dibujo. Amante, como éste, de la Naturaleza, a la que tiene por maestra, dibuja de afición, combina los colores de afición, y ha concluido por pintar de afición, cuadros de distinto género, y hasta retratos, que no desmerecen de los muchos que recubren las paredes de la preciada *tarbea*.

Celoso de las bellezas monumentales de su patria, ha trasladado al lienzo con especial acierto, el ábside, el patio, y las murallas de Guadalupe.

De los demás expositores, merecen plausible mención los paisajes toledanos de D. Enrique Vera; los que llevan la firma de D. Feliciano Martín Cañamero, del mismo género; algunos de los seis aportados por don Roberto G. Stéfani; y varios de los expuestos por don Pedro Román Martínez, casi todos trasuntos de las bellezas que en calles y rincones brinda al artista la ciudad de Alfonso VI.

Con estos trabajos comparten la atención del público otros escultóricos en mármol, madera yeso y escayola, de D. M. Moragón y D. Elías de Labraña; objetos de cerámica de D. J. Aguado y D. A. Pedraza; de relojería, de D. D. Ramírez y D. J. García Sánchez; de muebles de Soravilla, y talla de García Gamero.

¡Llor y éxitos prácticos a todos los expositores!

VII

MUSEOS

Museo Arqueológico.— Museo de Infantería.— La casa del Greco.— El *atelier* de Aurelio Cabrera: sus proyectos monumentales: el de D.^a Carolina Coronado.

Al siguiente día visité el Museo Arqueológico Provincial—trasladado recientemente desde el artístico ex convento de San Juan de los Reyes, al magnífico Hospital de Santa Cruz,—que todavía no está completamente organizado, donde el peregrino del arte—de esa “vida sin dolor,” que define Schopenhauer,—encuentra, apenas entra en él, colocadas en desorden, junto a las escaleras que conducen al piso principal y aun en sus tramos, en espera de emplazamiento más adecuado, ocho o diez estatuas de mármol y tamaño natural, de San Agustín, San Fernando, San Bernardo, Santa Catalina, y una Concepción, procedentes de iglesias y colegios de la localidad.

Hay pocas poblaciones en España y fuera de ella, que puedan acopiar tantas riquezas artísticas como Toledo. Corte por luengos siglos de monarcas árabes y cristianos; asiento de la Iglesia Primada de la nación; uno de los cinco solares de la nobleza patria; centro de magnates y de artistas; aglomeración extraordinaria de edificios parroquiales, conventuales, hospitalarios y docentes. tenía que ofrecer necesariamente grandes elementos de progreso material a las bellas artes, solicita-

das por el espíritu ferviente y místicas costumbres de nuestros abuelos.

Por eso es natural que se encuentren en aquel establecimiento, profusión de aras, hachas de piedra, cipos, sepulcros, lápidas, capiteles, brocales de aljibe, fragmentos decorativos de arquitecturas romana, visigótica, arábica, bizantina... y mil objetos y utensilios domésticos e indumentarios como tapices, espejos, arracadas, fibulas, collares, anillos, monedas, armas y otros objetos, que demuestran el estado de civilización de esos pueblos que constituyen nuestro abuelo a través de las edades.

Pues ¿y en cuadros?...

Dicenme que hace años ¡bastantes años! vino a Toledo un comisionado del Gobierno, persona maestra en el arte, y se llevó al Museo madrileño lo mejor que en éste había. Pero todavía quedaron aquí unos setecientos cuadros, entre los que se cuentan algunos muy buenos de autores celebrados, tales como una *Sagrada Familia*, de enormes dimensiones, pintada por Rivera (*El Españolito*), a quien se atribuyen otros tres cuadros de su mismo estilo; otros dos, con las imágenes de *San Pedro de Alcántara* y *San Antonio*, del pintor de cámara Carreño; un *San Isidro*, también de marca mayor, de A. Bocanegra; otro, también mayúsculo, que representa a *San Vicente Ferrer*, debido al pincel de Jordán; un *San Jerónimo*, de Carducho; una *Virgen* con el niño Dios sobre las rodillas, de Juan de Sevilla; doce o catorce de Luis Tristán, el discípulo de Greco, y entre ellos el de la *Ronda de pan y huevo*, y un retrato del inquisidor Torquemada; seis u ocho de José Antolínez, y otros doce, pintados muy pulcra y lindamente en cobre, representando escenas de la primera edad del mundo, debidos al pincel de Frank.

Como de estación en estación, mi amigo Vidal y yo ascendimos al Alcázar al siguiente día, a visitar el Museo de Infantería en él establecido hace diez años, al cabo de los cuales ha alcanzado una importancia increíble, merced a la labor incesante, ni un momento decadente, de su Director el ilustrado Teniente Coronel D. Hilario González, benemérito de la patria por muchos estilos y en especial por el impulso que ha dado a este centro de cultura, del que fué desde luego creador y organizador, sin consignación oficial ni particular de ninguna clase, pidiendo a unos, demandando a otros, implorando favores, a veces con éxito, otras con la callada por respuesta.

¡Incuria de nuestros des-gobiernos, que cuentan con recursos bastantes para elevar en miles de pesetas el sueldo de cualquier correveidile, y no tienen para gratificar tan portentosa labor, ni unos céntimos para atender a la conservación de aquel emporio de inmarcesible españolismo!

Se necesita un "amor al arte," como el de D. Hilario, para acopiar tanto objeto de gloriosísimos recuerdos como bajo aquellas altas bóvedas se guardan, emb'emas de nuestros sacrificios y nuestras victorias.

Cuando el amigo Vidal me presentó a D. Hilario, añadiendo a mi nombre mi calidad de Presidente de la Comisión de Monumentos de Cáceres, éste reflejó en su semblante una satisfacción íntima, adivinando sin duda en mí otro él en aficiones, en culto al pasado, en *chifladuras*, como los ignorantes dicen, y desde luego puso su corazón y su inteligencia al servicio de mi curiosidad.

Al penetrar en aquel espacioso departamento, hay forzosamente que descubrirse, no sólo por cortesía, sino porque se entra en un templo de las grandezas humanas, del honor y del heroísmo pretéritos. Alcé los ojos a la techumbre, y ví colgadas de ella más de cincuenta banderas de diversos tamaños, colores y rotulatas... Emocionante colección! Aquellos pedazos de tela mal-

tratados por la metralla y jaspeados por la sangre de cien valientes, son otros tantos girones del alma española oreados por el incienso de la inmortalidad.

Bajando la vista encontré enfilados gran número de bien proporcionados maniqués, vestidos y armados con uniformes y pertrechos de la infantería española, desde los tiempos del Gran Capitán su organizador, hasta nuestros días con sus picas, arcabuces, ballestas, alabardas, fusiles y ballonetes... vistiendo capacetes, coñetes, manoplas de malla, chambergos, morriones, charreteras, guerreras y teresianas... éstos últimos menos airoso y marciales en su hechura y porte que los de los antiguos tercios.

En uno de los testeros del salón, había colgados muchos retratos que lucían uniformes militares, a la usanza del primer tercio del siglo XIX: eran los de los generales que batallaron en la guerra de la Independencia con el "coloso del siglo", desde el bravo y táctico Reding, hasta los que a las órdenes de Wellington arrojaron las legiones francesas más allá del Bidasoa. Pero faltaba uno para completar la colección, el de D. Manuel de la Peña, y pedigüeno D. Hilario, y blanda de corazón Paulita Alonso, dió por resultado que el esposo de ésta, mi ilustrado acompañante, diese al primero la regocijante nueva de que al retrato, ya acabado, no faltaba más que darle de barniz. *Un succès* para el ilustre militar y un triunfo más para la artista.

—Y en este *bouquet* de ilustraciones militares...

—Sí, señor, se apresuró a contestar D. Hilario—adivino su pregunta... Extremadura está representada por el del general Venegas, primer Marqués de la Reunión de Nueva España, natural de Zafra, y por el del bravo general Menacho, muerto por una bala de cañón sobre la muralla de Badajoz, en 4 de marzo de 1811, defendiendo la plaza contra los ataques del Mariscal Soult... He aquí la faja que llevaba puesta el general al morir... pero le falta un trozo que existe en el Museo de Artille-

ría. Su bastón, sus botas de montar y el proyectil que lo mató, quedaron en el Museo Arqueológico de la ciudad badajocense: acudimos a ésta demandándoselos a la Comisión de Monumentos en tiempo oportuno; mas aunque la prensa local abogó por su concesión, aquélla nos los negó.

—No lo extraño. El interés de esas corporaciones es idéntico al de ustedes, y procuran conservar lo poco que tienen de alguna estima. ¿Y hay más concerniente a Extremadura?...

—Bastante más. De Hernán Cortés tenemos... ¿lo ve V?... un retrato antiguo y retocado, parecido a los que se tienen por auténticos del gran conquistador de Méjico; y del mismo, poseemos una estatua ecuestre modelada por el famoso escultor Vallmitjana, muy bien acabada y digna de reproducirse en bronce... Éstas, son nueve hachas procedentes de escavaciones hechas en las ruinas del templo de Diana, en Mérida.. Esta arqueta es en la que hace pocos años llevaron a Madrid la caja de zinc que contenía los restos del teniente Ruiz, hijo de Trujillo y en una de sus iglesias sepultado, muerto en Madrid al par que Daoiz y Velarde el 2 de Mayo.

—Y ¿contiene algo? ..

—Sólo la llave de la mencionada caja, acta de la ceremonia de la exhumación, otra de la autenticidad de los restos, y otros documentos referentes al héroe... Esta otra arqueta, forrada exteriormente de terciopelo rojo e interiormente de un entramado de hilillo de oro, de factura mudéjar, contuvo un día dos hermosas banderas de un Cuerpo de Inválidos extremeños, que al ser disuelto, quedaron en la colegiata de Zafra, y envió a este Museo, hace pocos años, el malogrado Obispo de Badajoz señor Soto y Mancera, con una carta sumamente patriótica y expresiva.

Otra valiosa bandera extremeña tenemos en esta vitrina. Vea usted: es la del Provincial de Cáceres, primorosamente bordada por las damas de la capital y entre-

gada al Cuerpo en 1841. ¡Lástima que en tan magistral labor se haya cometido el error heráldico de hacer león y castillo rojos sobre campo morado!

—No extrañe V. eso—le advertí—porque hace unos años, tratando el Municipio cacereño de reformar sus Ordenanzas, el Alcalde me pidió razón de cuál era el verdadero blasón de la ciudad, para estamparlo al frente de ellas. Emití mi informe sobre cómo debiera hacerse el nuevo... ¡Trabajo inútil! Las Ordenanzas se imprimieron y a su frente el equivocado escudo antiguo, y así se continúa. ¿Qué extraño es que las señoras, ajenas a la ciencia del blasón, se equivocasen?

—Tiene V. razón.

—Lo que está es flamante...

—Porque se usó poco. Efecto de haberse dispuesto en 1843, que todas las banderas oficiales,—que por lo general eran blancas—ostentasen los colores nacionales. Resultaron casi todas inservibles y se arrinconaron. A la vez que ésta, reclamé la del Provincial de Trujillo, (que era la que tenía el de Cáceres en 1840, y regaló este Ayuntamiento al trujillano, al sustituirla por la antes descrita) mas dicha corporación me respondió con el silencio. Y aquí... otras tres banderas blancas, de otros antiguos cuerpos de Inválidos, que estuvieron expuestas muchos años en el presbiterio de la Catedral de Badajoz, donde fueron colocadas en 1761, y el cabildo cedió a este Museo. Por último aquí guardamos la del Provincial de la misma ciudad que guió a las tropas de aquella provincia durante la primera guerra civil.

Y proseguíamos nuestro paseo circular contemplando armas, condecoraciones y objetos que pertenecieron a renombrados personajes; curiosa colección de medallas de cobre y bronce; planos topográficos de ciudades, fortificaciones y batallas campales; y en el derrame del muro de una de las ventanas del recinto, dos cuadritos, en cuyo fondo se veían: en uno, un pedacito de corteza del árbol, bajo el cual pasó Hernán Cortes *la noche tris-*

te, y en otro, un pedazo de la mandíbula que el Marqués de Novaliches perdió en la batalla de Alcolea en 1868.

A esta sazón, medio ciento de cadetes habían penetrado en el Museo y seguían nuestros pasos, viendo y oyendo lo que D. Hilario nos enseñaba y nos contaba; y como el *cicerone* se percatase de ello, se fué creciendo en el discurso, y sus concisas referencias de los primeros momentos, se convirtieron en erudita conferencia, poniendo en su oración todo el calor y entusiasmo que en un bravo militar pueden infundir tales trofeos, exhortando por la tácita a aquella brillante juventud a imitar a tan valientes y pundonorosos predecesores, dando ocasión a que sus preseas fuesen dignas algún día de figurar en aquel portentoso relicario.

Descendiendo de la iglesia de Santo Tomé a las márgenes del Tajo, a la parte oriental de la *Judería*, y sobre las cuevas y cimientos de la espaciosa morada del hebreo Samuel Leví, tesorero del Rey D. Pedro de Castilla (que más tarde fué palacio del aristocrático nigromante Marqués de Villena) se encuentra hoy un edificio denominado *Casa del Greco*, de la que el Marqués de la Vega Inclán, —que la compró y reparó convenientemente— ha hecho un verdadero joyero de recuerdos, muebles, utensilios y primores artísticos, con pausable patriotismo.

Ese joyero contiene lindos jardines, subterráneos legendarios, terrazas de recreativas perspectivas, aposentos decorados y amueblados a la antigua, una capilla cuyo altar mayor tiene un frontal de mosaicos arábigos, zócalos de azulejos esmaltados, góticas labores de yesería, ejemplares de cerámica toledana de pasadas centurias, y multitud de objetos curiosos que recrean los ojos y placen al espíritu.

Repartidos en sus varias habitaciones se hallan obras pictóricas de suprema valía, no todas suyas, pues se

cuentan, un *retrato*, un *San Pedro y El Buen Pastor*, mas debidos al pincel soberano de Murillo; unas *batallas* y otro *retrato*, de Mazo, discípulo y yerno de Velázquez, que en otro cuadro pintó un fragmento del palacio de Aranjuez; un *Apóstol* y un *San Hermenegildo*, de Valdés Leal; un retrato de la reina D.^a Mariana de Austria, en traje de monja, de Carreño; contándose entre los del cretense Domingo Theotocópuli (que así se llamaba el *Greco*) un *San Pedro*, un *San Francisco* con el lego, y los *retratos* del obispo Covarrubias, Felipe II, y Felipe III cuando era niño.

Como el *Greco* fué a Toledo lo que Murillo a Sevilla, lo que Velázquez a Madrid, lo que Morales a Badajoz... es decir, las glorias pictóricas de las respectivas ciudades, ya fuesen hijos naturales de ellas, ya adoptivos, el curioso visitante sospecha desde luego que en la imperial ciudad debía encontrar más obras del insigne Theotocópuli, y en efecto, en la parroquia de Santo Tomás hallará *El entierro del Conde de Orgaz*, su mejor obra; en Santo Domingo el Antiguo (del que trazó el retablo del altar mayor y talló sus esculturas) los cuadros de *La Asunción*, *San Juan Bautista*, *San Juan Evangelista*, *La Resurrección* y *La Adoración de los Pastores*; en la Catedral, *El Episodio*; en el Seminario, *La Virgen poniendo la casulla a San Ildefonso*; en la capilla de San José, *La Coronación de la Virgen*; en la Magdalena, un *San José*; en el hospitalillo de Santa Ana, *La Sagrada Familia*; en Santa Leocadia, *La Verónica*; en San Vicente, *La Asunción*; en la parroquia de San Román, *La Concepción*; en San Juan Bautista, *Los santos Juanes*; en San Nicolás, *La Anunciación* y un *Santo Domingo*; en el Colegio de Doncellas, *San Francisco y el lego*; otro *San Francisco* en el hospital de Tavera, y el retrato de este insigne Arzobispo-Cardenal, su fundador.

Una de las habitaciones más típicas de esta morada, es la cocina... una cocina fiel trasunto de las que en otros tiempos solían ser centros de reunión hasta de fa-

milias hidalgas y un pasar desahogado, que la acucia y disciplina de sus dueños abastecían de los elementos precisos en un obrador del buen yantar. Allí en vasares, tinajeros y espeteras, encontrábanse alcarrazas, especieros, marmitas y espumaderas, utensilios para adobar jigotes, salpimentar perniles y mechar solomillos; y en el vasar, entre cazuelas y pisteros, un *Arte culinario* de Montiño, el real cocinero de los Austrias, emparejado con el *Arte cisoria* del alquimista Marqués de Villena, antiguo dueño del solar.

Como no hay quien ponga trabas a la "loca de la casa", la mía se explayó por aquel ámbito curioso, y antojósele ver sentado bajo la campana de la chimenea, saboreando unos tasajos de carnero con ayuda de media azumbre de tintillo, y al calor de unos rachones de encina que chisporreteaban recostados sobre el negruzco morillo, a un sargento de walonas, refiriendo a quintañonas y escuderos, que boquiabiertos lo escuchaban, los casos de justicia mandados ejecutar por el Duque de Alba en los Países Bajos, donde achicharró a calvinistas y luteranos e inmoló príncipes y burgraves flamencos, enemigos de su Rey y del Pontífice en las plazas de Amberes y Bruselas, o a un furriel de arcabuceros que a las órdenes de D. Alvaro de Bazán, asistió a la batalla de Lepanto, relatar lances personales de aquella enorme acción, deleitándose en referir con pelos y señales, el martirio mandado dar por el Almirante Mustafá a Marco Antonio Brodagini, Gobernador de Famagusta, a quien después de cortadas narices y orejas, lo mandó desollar vivo por mano de un judío, y extendida la piel sobre una estera, la mandó colgar en la antena de una nave, cuyos detalles excitaban la indignación de dueñas y rodrigones.

Todo fantasía, pura fantasía, pero que dada mi tendencia retrospectiva, me obligaba a preguntar:

—¿Seré yo algún trasmigrado de aquellas épocas en que había ideales, y por ellos se luchaba y se moría?

Otra grata ocasión de instructivo visorio me deparó la visita que una tarde de los primeros días de junio hice el taller de Aurelio Cabrera, instalado en la calle de las Bulas Viejas, casa n.º 21, que compró recientemente por la insignificante cantidad de *tres mil* pesetas, precio inverosímil en los tiempos que alcanzamos... Es edificio netamente moruno, cuya traza y aspecto transportan al turista a los tiempos de Almamun.

Acompañábanme mi esposa, la del prestigioso arquitecto toledano D. Ezequiel Martín, y la artista antes mencionada D^a Paula Alonso de Vidal, ávidas las tres de dar solaz a los ojos en el *atelier* del escultor.

Penetramos en el patio, que no es muy espacioso, pero que transpira a muslim por todos sus huecos. En los lienzos murales que lo limitan, ábrense dos grandes puertas de herradura, y por cima el obligado ajimez, desde el cual la ladina mora atisbaba la entrada en casa del marido o de' comblezo.

Charoladas hiedras y geranios trepadores tapizaban fustes y rincones. En uno de éstos abría su brocal granítico con arabescos el refrigerante aljibe, y junto a éste el taller de anchurosa portada. En medio del patio, erigíanse dos caballetes: sobre uno contemplábase el diseño,—que pronto será un cuadro—de la entrega de la plaza de Alburquerque por las gentes de su Concejo al apoderado del Duque de este título; y ante el otro una señorita, discípula de Cabrera, copiando un cuadro por el procedimiento del pirograbado.

En aquel ámbito se respiraba laboriosidad, placidez, arte...

Sobre el pavimento y recostada en uno de los lienzos de la pared, se divisaba una lápida, medio cubierta por frescos ramos de un geranio en flor... Era un proyecto de laude sepulcral, que se realizó en uno de los cementerios de Madrid, trazado en altorrelieve para una señora muy caritativa, esposa del catedrático universitario y gobernador que fué de Cáceres, D. José Muñoz

del Castillo, en que un menesteroso con dos niños, pide al pasajero una oración por el alma de la que en vida les hizo tanto bien. ¡Y qué efecto tan piadoso y sugestivo causaban los flexibles tallos de la planta, acariciando con sus flores de escarlata los rostros de las figuras, como si con el calor de sus labios de fuego quisieren reanimar a la materia inerte!

El taller era un completo loberil, en el que no nos podíamos revolver; tanto eran los objetos en él hacinados, unos concluídos, otros a medio hacer, otros esbozados. De los primeros recuerdo un busto del ilustre badajocense Conde de la Torre del Fresno, protector del artista; de los segundos un gran bargueño visigótico que está confeccionando su hermano Regino; y de los terceros... ¡oh! de los terceros, que el complaciente Aurelio me fué enseñando uno por uno, y son proyectos *ad futurum*, habría mucho que hablar. Nadie se los ha encargado; mas él, como extremeño entusiasta, ha invertido sus ratos de ocio en bosquejar monumentos a los grandes hombres de la región, sometiendo el vuelo de la alegoría, fantástica, multiforme y caprichosa, al marco justo y razonable que ensamblaron de consuno, el genio, la idiosincrasia, el medio ambiente, las costumbres, hechos y renombres de los protagonistas. Estos eran, además del *Divino* Morales, García de Paredes, Francisco Pizarro, Vasco Núñez de Balboa, *El Brocense*, Espronceda y Carolina Coronado.

¡Oh! éste último me conmovió sobremanera, recordando la gran amistad que en sus últimos años me dispensó la gran poetisa, y las cien veces que apoyada en mi brazo, recorrimos los jardines de la quinta de la Mitra, cerca de Lisboa, departiendo sobre literatura, refiriéndome sucesos pretéritos en que ella tomó parte, y anécdotas de personajes de su tiempo, todos ya despojos de la Parca.

El proyecto de monumento a ella referente, no podía ser ni más poético ni más acoplado a la personalidad de

la moderna Corina. Consistía en una gran lira en cuyo travesaño o clavijero superior se veía un corazón, del que surgían las cuerdas del instrumento. Detrás de éste, y como a través de un enrejado formado por los filamentos sonoros, aparecía la bella escritora, que tenía una pluma en la mano. Con esta pluma hería las cuerdas que del corazón partían, y cuando éstas vibraban, brotaba del corazón una lluvia de pensamientos, que caían sobre las hojas de un libro abierto al pie de la lira.

Esto era genio y arte... explosión ingente del espíritu en debido vasallaje de una gloria conterránea.

Subimos al piso alto de la casa a admirar la profusión de medallones en que campean en yeso y altorrelieves, las cabezas de muchos hombres célebres, antiguos y modernos; y cuando descendimos al patio, ya la amable esposa de Cabrera había dispuesto un delicado obsequio de galletas, pasteles, cerveza y sidra espumosa, para los visitantes, a los que hicieron los honores los dueños de la casa, su hijo Julito, artista precoz de nueve años, y una linda señorita llamada Justa Gil, cuyo retrato figuraba en la Exposición y era muy alabada como tipo de belleza correcta y delicada, que ofició de Hebe en aquel festín de míseros mortales.

IX

MESA REVUELTA DE COSAS TOLEDANAS

La Cueva de Hércules.—Desde el Miradero.—La «noche toledana». — La Puerta del Sol.—Posada de la Sangre.—La Virgen de los Alfleritos, — El solar maldito: Juan de Padilla y D.^a María Pacheco.—La casa quemada, y ~~la~~ altivez castellana.—Personajes extremeños.—Calles y plazas de Toledo: la Judería vieja y el Hombre de Palo.—Visitas a Cobisa y al Castillo de San Servando.—Por qué del título de este folleto, pretericiones y cosas que hablan. ¡Vaya usted a Toledo!

Registra nuestra historia un episodio, verídico o apócrifo, repetido con fruición y minuciosidad por los cronistas más sesudos, que fué en mis años juveniles el que más vivamente hirió mi imaginación e infundió en mi espíritu el deseo de visitar a Toledo, para batir las alas de la fantasía *in locus successum*.

Tal es la aventura que libró el Rey D. Rodrigo en la torre, cueva o palacio de Hércules, pues de todos modos lo llaman los autores.

Mariana, uno de ellos, escribió a este tenor:

“Había en Toledo un palacio encantado, como lo
“cuenta el arzobispo D. Rodrigo, cerrado con gruesos
“cerrojos y fuertes candados para que nadie pudiese en
“él entrar, ca estaban persuadidos así el pueblo como
“los principales, que a la hora que fuese abierto, sería
“destruída España. Sospechó el rey que esta voz era fal-
“sa para efecto de encubrir los grandes tesoros que pu-
“sieron allí los reyes pasados. Demás desto movido por
“curiosidad, sin embargo que le ponían grandes temo-

“res, como sean las voluntades de los reyes tan determi-
“nadas en lo que una vez proponen, hizo quebrantar las
“cerraduras. Entró dentro, no halló algunos tesoros,
“sólo un arca, y en ella un lienzo, y en él pintados hom-
“bres de rostros y hábitos extraordinarios, con un letre-
“ro que decía: *por esta gente será en breve destruida Es-*
“*paña*. Los trajes y gestos parecían de moro: así los que
“presente se hallaron, quedaron persuadidos que aquel
“mal y daño vendría de Africa; y no menos arrepentido
“el rey aunque tarde de haber sin propósito y a grande
“riesgo escudriñado y sacado a luz misterios encubier-
“tos hasta entonces con tanto cuidado.”

Añadían otros, que el palacio estaba al final de la cueva o galería; que en él se oía el ruido de cataratas de aguas bramadoras, tremendos golpes de mazas, estridor de armas, alaridos de combate... y que desapareció, así que lo evacuaron el Rey y su acompañamiento.

—Y ¿dónde está la entrada de esa terrorífica mar-
sión?...—pregunté, deseoso de acallar los antojos de mi curiosidad.

—Estaba... estaba... bajo el suelo de la ya desaparecida iglesia de San Ginés—me contestó el complaciente cicerone.—Y cuentan que habiéndose propuesto el ilustrado Arzobispo Sr. Martínez Silíceo, extremeño como usted, desbaratar esa que él calificaba de *patraña*, mandó que bajasen a la cueva varios exploradores. Mas cohibidos por la prevención general y abultados los peligros por el miedo, así que descendieron al subterráneo y encontraron en él esqueletos humanos sobre esqueletos, y los miasmas que allí se respiraban, privando a algunos del sentido, todos se apresuraron a salir del antro mefítico, contando de él horrores... lo que afirmó más y más en sus erróneas creencias a las gentes supersticiosas.

Pero a mediados del pasado siglo, unos cuantos sujetos, menos crédulos y más decididos, acometieron la abandonada empresa, y consiguieron descombrar el subterráneo, que resultó tener unos diez y siete metros

de largo por nueve de ancho, con arcos de piedra de granito, dos hermosas bóvedas y muros de la misma piedra, de construcción romana, sin más salida ni comunicación con otros departamentos, siendo lo más verosímil que aquel recinto fuese en tiempo de los césares romanos un templo dedicado a Hércules, que fué la divinidad más adorada por los toledanos de aquella edad.

Con esto quedaron deshechas las arcaicas leyendas. Y yo completamente desilusionado.

Hay en la parte norte de la ciudad, al pie del convento de Santa Fe y trazada en un doblez del abrupto roquedo que por aquella parte sirve de asiento, y antaño de defensa, a la imperial ciudad, una explanada que llaman *El Miradero*, a donde las gentes aficionadas a esparcirse y a lucir galas y preseas acuden a diario, y especialmente los domingos, y gustar en tiempos veraniegos de glaciales sorbetes y delicadas confituras. Limita su perímetro, por su costado N. una prolongada acitara, desde la cual los ojos salvan una dilatada llanura jaquelada por huertas y jardines que en la localidad denominan *cigarrales*; y abajo... al pie del declinante peñascal *Las Covachuelas*, barrio extramuros de la ciudad, donde antaño moraban gentes proletarias y de humilde condición, y no mucho más entonadas las del día.

Desde aquel elevado conspicilio se abarca y escudriña casi toda la Vega toledana, flanqueada por el Tajo, donde serpean como dorsos de saurios gigantescos a medio soterrar, los musgosos cimientos de muchos edificios, que en tiempos fueron Circo Máximo, templo de Hércules, teatro romano, monasterio Agaliense, conventos de *Sancta Fides*, de San Bartolomé, de Santa Susana, de San Pedro el Verde, de Santa Lucía, y de la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo, en la que fueron ungidos varios monarcas godos, y se celebraron

hasta nueve concilios nacionales... estos dos últimos templos unidos al *palacio de la infanta Galiana*, ponderada beldad, hija del rey Galafre (1) que hizo perder el seso, entre otros peleles por el estilo, a Carlo Magno y a Bradamante. Fué morada del reconquistador en Toledo Alfonso VI. Aun queda en pie de tan deliciosa mansión algún muro de ladrillo con una puerta de herradura y dos ajineces, por los que divagando por los campos de la novelería, se me antojaba ver asomados, ya la faz terrosa y barbuda del austero monje bajo la parda cogulla; ya el empenachado almete del hercúleo caballero; ya, bajo tocas monjiles, la pálida silueta de alguna semi-santa benedictina; demacrada por las vigiliass y abtinencias; ya dos ojos picarescos bajo turbante de gasa, que retaban a erótica pelea.

Todo cabía en aquellos marcos moriscos.

Y contemplando aquel hermoso campo, única parte por donde la ciudad es accesible sin tener que salvar la defensa natural que lo ofrece el Tajo, me pregunté:

—¿Y qué más hubo aquí? ¿de qué lides fué palestra esta ubérrina llanura?

Y me encomendé a Mnemosine, que no fué sorda a mi plegaria. ¡Hubo tanto!

—Y de ese tanto ¿qué parte correspondió a Extremadura?

Empezaron a desfilas por mi espíritu los recuerdos, y a surgir en él Viriato, el gran guerillero lusitano, seguido de sus bráccaros, herminienses y vettones invitando a los toledanos a coadyuvar con ellos a la derrota del pretor Cayo Piaucio.

Cambió la decoración. Ante la ciudad se me antojó ver operar a las almafallas de Abderrahman, que auxiliado por las tropas agarenas de Mérida y su comarca,

(1) Entiéndase gobernador o *wali*, pues en tiempo del califa Abderrahman I, no había en España más rey que él. Galafre, como lo nombraban los cristianos, se llamaba *Alfahiri*, y era su *wali* en Toledo.

iba a someter y castigar al rebelde Hixen-ben-Adrá, quien se le sometió y fué perdonado por el califa, en 761.

Parecida empresa repitieron los emeritenses y sus conterráneos de Bathalyos, Xolbes, Koría, Talvira y Cantarac al-Seif, en 829, al mando del walí Abd-el-Rûf, sobre la ciudad toledana, sublevada contra el califa Abderrahman II por el sedicioso Hixen el Atikí, cuya cabeza coronó por fin una de las almenas de la puerta de Bisagra.

Por el sendero del recuerdo, llegué al año de 888, y en él encontré lidiando en aquellos campos a extremeños con extremeños: unos, jeques trujillanos, en defensa del rebelde Calebben-Hafsun, señoreado de Toledo; otros batallando bajo las banderas del emir Al-Mondhir, que sucumbió en esta guerra.

En el caleidoscopio del espíritu, vi después caracolear por aquella planicie los escuadrones de caballería ligera, abrevando en las ondas del Guadiana, que Aben-Alaftas, Rey de Badajoz, confederado con el de Sevilla, mandaba contra Almamun, derrotados a los pocos días por éste en los campos de Algodor.

Por último, vuelven a esmaltar la pròvlda campiña los blancos alquiceles de las taifas extremeñas, acaudilladas por Al-Motawakkil, sucesor del antedicho rey badajocense, que empeñado en arrojar a Tahya ben Dylnùn del solio toledano, lo consigue en 1080, y lo ocupa, aunque por poco tiempo, con satisfacción del vecindario, que se ve libre de las depredaciones y tiranía de este incapaz y degenerado soberano.

Todos estos acontecimientos refrescando gratamente mi memoria, me tuvieron abstraído largo rato, completamente ajeno a los exagerados y lúbricos escotes, brazos desnudos y pantorrillas bien transparentadas, con que la moda *desviste* a las féminas de esta época, cuyo pudor, tan asustadizo como falso en ocasiones, se acomoda maravillosamente a esta desnudez de formas...

por eso, por ser "*moda*," que es la gran tirana del sexo bello.

El crepúsculo vespertino iba invadiendo el paseo con sus sombras indecisas, cuando oí a uno de dos sujetos sentados a corta distancia mía:

—Me retiro.

—¿Tan temprano?—le preguntó su acompañante.

—Sí; quiero cenar en seguida, a ver si puedo esta noche desquitarme del velatorio en que me ha tenido toda ella mi mujer con sus dichosos nervios. ¡Ha sido una noche verdaderamente toledana!

¡Qué impropiedad de concepto! ¡*Una noche toledana* por no haberle dejado cerrar los ojos el neurosismo de su esposa!...

¡Bah! El buen toledano, si lo era, ignoraba cuál fue esa noche célebre que mencionaba.

Y puede que haya otros muchos que lo ignoren.

Habiendo partido Amrù, walí de Toledo, a servir al rey Alhakem, alcanzó de éste el waliato de la ciudad para su hijo Yusuf, que se portó tan mal con el vecindario, que después de apedrear éste su casa, lo hizo prisionero, y lo encerró en una fortaleza. Supo Alhakem este suceso y dió libertad al encarcelado, sin hacer demostración alguna contra los toledanos.

Esta lenidad irritó a Amrù, quien acariciando deseos de venganza, pidió y obtuvo del Rey el waliato de Toledo. Mucho vejó al vecindario con exacciones monetarias y prestaciones personales; mas esto era poco... ¿cómo satisfacer completamente su encono, sin que sus víctimas recelasen de sus intenciones?

No tardó en presentársele ocasión propicia. El príncipe Abderrahman al frente de un cuerpo de caballería, llegó a Toledo, de paso para la parte de la España oriental. Amrù lo hospedó en el alcázar y dispuso en su obsequio un banquete, al que invitó a los principales caba-

llos de la ciudad. Conforme iban éstos acudiendo, los sicarios del walí los iban conduciendo a una gran sala subterránea, donde los degollaban y cortaban las cabezas. Cuatrocientos varones de los más notables de la población fueron inmolados...

Esta fué la renombrada *noche toledana*, con la que hiperbólicamente se compara cualquier noche pasada con intranquilidad o desvelo.

El monumento que más al descubierto exhibe al forastero sus primores, es la *Puerta del Sol*, que se yergue al comedio de la cuesta que desde Zocodover conduce a la puerta de Bisagra, de estilo mudéjar, construido por los cristianos a fines del siglo once o principios del doceno.

Compónese de dos torres que lo flanquean, una cuadrada y otra redonda, con aspilleras y matacanes, y coronadas de almenas.

En el lienzo mural que las une, también almenado, ábrese la puerta por la que antaño se entraba en la ciudad, de arco apuntado que descansa sobre dos columnas, y más adentro, otro de herradura, sobre el cual se destaca un escudo o cartela de mármol en la que aparece reproducido el descenso de la Virgen María y la imposición de la casulla a San Ildefonso, y a los lados del medallón el sol (que da nombre a la puerta) y la luna.

Por cima de la ojiva de la portada exterior, corren de una a otra torres dos ringleras de arcos ojivales y filigranados; y en la clave del arco exterior, vense dos figuritas de mármol, como de dos mujeres, que sostienen un plato sobre el que aparece una cabeza.

La significación de estas esculturas es la siguiente:

Había en Toledo, durante el reinado de San Fernando, un alguacil mayor, señor de Yegros, llamado Fernando González, que prendado de dos jóvenes toledanas, que no aceptaban sus requerimientos ni ofertas, las vio-

ló. Sábelo el Rey, y haciendo justicia en el malvado, lo manda decapitar, y dispone que, para escarmiento de otros que quisiesen obrar contra fuero, se esculpiesen las estatuas y se colocasen en dicha puerta, como sitio de mayor publicidad.

¡O *témpora* en que así se daba satisfacción a la vindicta pública!

¿Hoy?...

Hoy, en que de tal delito conocería el tribunal del Jurado, no habría que esperar el castigo del protervo. ¡Digo! ¡y por delito contra la honestidad, alhaja tan depreciada en el mercado social!

Nada, nada, absolución al canto, y hasta pudiera suceder, que como consecuencia del proceso, se proporcionase un acta de diputado al delincuente.

Se dan casos, pero bastantes casos, actualmente, con instituciones jurídicas tan desprestigiadas.

De muy distinto género o fábrica y aliciente para el forastero es la *Posada de la Sangre*, en la cuesta del Carmen, por bajo del arco que hay en el lienzo oriental de la plaza de Zocodover, perteneciente a la capilla del Cristo de la Sangre, cuya cofradía tenía por misión auxiliar a los reos condenados a muerte, desde que entraban en capilla.

La posada, que es un edificio vetusto pero capaz, tiene un patio espacioso, cuadrangular, con columnas sobre las que descansa una galería del piso alto, que circunda el patio, balconadas con balaustres de madera, y abajo, en un rincón del patio, una fuente que barbotea sin cesar, sobre un pilón de piedra de granito, agua fresca y cristalina. Carros, mulos, merchanes, trajineros, hueveras, revendedoras de hortalizas, y otros parroquianos y paquidermos análogos, son sus huéspedes ordinarios.

Su único aliciente... aliciente pretérito, es haber albergado en otros días al príncipe de los ingenios españoles, al inmortal Cervantes, que en uno de los aposentos del piso alto estuvo alojado, y en él escribió su novela *La ilustre fregona*.

Yo me lo figuraba apoyado sobre los barandales de madera de la galería, observando la vida y costumbres de la taifa de mercachifles, fregonas y rufianes que en el patio pululaban y discutían, para trasladarlos a sus cuartillas, tan bien descritos y caracterizados, como él sabía hacerlo.

Cuando fuí a visitar la ermita del Cristo de la Luz, pasé por la calle de *Alfileritos* o de la Virgen de los Alfileritos.

Proviénele este nombre, de una pequeña imagen de Nuestra Señora que se aloja en el hueco abierto en la pared de una de las fachadas de cierta casa, que se contempla a través de una tupida reja, no muy elevada del pavimento de la calle, a los pies de la cual imagen se ven hacinados cientos de alfileres.

Esta efigie es de gran devoción para las jóvenes toledanas, pues confían en que la Reina de los Cielos, a cambio de la puntiaguda ofrenda, les depare un marido a pedir de boca.

Mi esposa, aficionada como buena toledana, a la popular imagen, pidióme un alfiler que llevaba en el reverso de la solapa de la americana, por no tener ella en tal ocasión ninguno de que disponer, para repetir el donativo que tantas veces le hizo cuando niña.

Díselo y lo arrojó por entre el enrejado.

—Pues, señor,—dijo entonces, bromeando, el amigo Vidal que nos acompañaba,—me cuesta trabajo decirse-lo a usted, pero sepa que su vida depende de la forma en que haya caído el alfiler.

—Explíqueme, querido Pedro...

—Si al caer ha quedado cruzado sobre otro, la boda ha de celebrarse dentro del año, a partir de esta fecha. De modo que está V. sentenciado a muerte para breve plazo; pues para que Sagrario contraiga nuevas nupcias, es indispensable que V., desapareciendo de escena, deje el campo libre a su sucesor.

—¡*Possente Dio!*

Pero no, no hay que recelar; porque el ánimo femenina toledana, influída más por la superstición que por la devoción, no logrará sacar de quicio las leyes de la naturaleza, aunque para ello pretenda valerse del poder intercesivo de los santos.

Seguirá siendo el *arte toledano* divisa de generaciones y más generaciones, imbuídas por ley atávica del magismo profesado por los descendientes de Héber, pero ya muy atenuado, como timbre de abolengo y sin transcendencia moral de ninguna clase.

En mi entretenido ir y venir por aquella red de callejuelas y resbaladeros, di en la plazuela de Padilla... de Juan de Padilla, el célebre General de los Comuneros, vencido y decapitado en los campos de Villalar. En ella estuvo el solar del insigne patriota, demolido, arado y sembrado de sal, por orden de Carlos V.

Detuve el paso, me cobijé con el dintel de una portada vecina, recostéme en una de sus jambas, y después de contemplar breves instantes el monumento que se alza en medio de la plazuela, cerré los ojos, y ¡a soñar!

Con el instantáneo laborar de la imaginación, reconstruí en aquel espacio el hogar de los Padillas, con su blasón sobre la puerta y sus salones transitados por farautes y escuderos que iban y venían, trayendo noticias y comunicando órdenes.

Entre ellos descubrí al placentino Diego de Trejo y

al capitán cacereño Juan de Torres, que debía operar en la alta Extremadura, aquél mandando las mesnadas de Plasencia, y éste las de Garrovillas y pueblos del obispado de Coria.

A través de las nebulosidades del ensueño, creí reconocer a algunos más... a mis paisanos García Golfín, y Francisco de Paredes, hijos del Camarero de los Reyes Católicos Sancho de Paredes, y palaciegos también ellos de la Casa Real, que no se avinieron a ser gobernados por los Chievres, Croy y Sauvages, y se sumaron a los comuneros.

Corrió la película en el cinematógrafo anímico. A la puerta de la casa, un ballestero tenía de las bridas a un piafante cuatralbo. Juan de Padilla salía del zaguán, joven y animoso, seguido de regidores, jurados, fieles, veedores, alguaciles, cuadrilleros... de todo el elemento oficial de la ex corte, montaba a caballo, y entre las bendiciones y clamoreo del gentío que se apiñaba en la calle y en los alrededores, precedido de su estandarte y seguido de entusiastas partidarios, marchaba a luchar por los fueros de la patria, merienda de tusones y flamencos.

Y el caserón quedó desierto...

¿Desierto?... No. En él quedaba D.^a María Pacheco, ejemplar esposa del jefe expedicionario, que pasaba las horas en el oratorio acompañada de sus dueñas, pidiendo al Ser Supremo por la vida y la victoria de su marido.

Un día, estando orando, recibió la infausta nueva de la derrota y ejecución de éste. Y cuéntase que aunque en su corazón sintió el cruento zarpazo del dolor, su faz permaneció impasible.

Acabado el rezo, empuñó la espada, caída de manos de su esposo, y alzando banderas por la causa vencida en Villalar, fué durante algunos meses el 'coco de los generales del Emperador, que parlamentaron con ella y tejieron pactos que no cumplieron; viéndose la infeliz obligada a escapar furtivamente de su ciudad, para ir a morir en tierra extraña.

Entonces fué cuando desapareció su morada, se aró su suelo y se sembró de sal, como tierra estéril y maldita.

Un modesto cipo con una breve inscripción colocado en medio de la plazuela, recuerda esta luctuosa epopeya; pero basta para que el viajero, al llegar a él, abata el sombrero, reverenciando calladamente la altivez e independencia castellanas, bajo aquel monumento sepultadas.

Hacia años que visitando yo el suntuoso monasterio de San Jerónimo, de Belén, próximo a Lisboa, hallé, entre los sepulcros en él labrados, el de la ilustre heroína, a la que dediqué una breve plegaria. ¿Qué menos podía ofrecer un español conocedor de sus virtudes, a una dama su conterránea, santificada por las duras pruebas del más acerbo infortunio?

Al tratar de la *Casa del Greco*, indiqué algo de su historia: primero fué vivienda de Samuel Leví, célebre tesorero del Rey D. Pedro, donde aquél guardaba sus nutridos tesoros, que por fin fueron causa de que el terrible monarca, —necesitado para las guerras con sus hermanos de enorme sumas, —le mandase dar tormento en Sevilla, en cuyo trance falleció, cuando llegó día de negarse a servirle más pedido.

Después fué morada del famoso D. Enrique de Aragón, Marqués de Villena, ilustre literato y reputado alquimista del siglo XV, que congregaba en sus subterráneos a los magos, astrólogos y nigromantes de la localidad, y allí se amaestraban en las ciencias ocultas, dando lugar a aquella especiota, asombro de los crédulos, de haber dispuesto el brujo magrate que cuando muriese lo picasen y metiesen en una redoma, de la cual surgiría vivo, joven y flamante al cabo de varios siglos.

Más tarde, sobre el mismo solar, edificó un suntuoso palacio el Duque de Escalona y Marqués de Villem

(distinto del anterior); mas a los pocos lustros un incendio voraz lo redujo a escombros, y aunque pasaron siglos, nadie lo reedificó, permaneciendo sus sótanos denegridos y arruinados, hasta que el Marqués de la Vega Inclán, levantó en nuestros días, en el área que ocupaba, el Museo del Greco.

¿Cómo fué su destrucción y abandono?

Es otra leyenda que acredita hasta qué grado alcanzaba la puntillosa estimación caballeresca de nuestros próceres en otros días.

Una de las figuras más interesantes de la milicia y la política de principios del siglo XVI, fué Carlos de Borbón, conocido en las historias por "El Condestable de Borbón," Gobernador que fué del estado de Milán por el Rey Francisco I de Francia, al que sirvió con crédito y fortuna.

Mas por los años de 1523, Borbón se apartó del servicio del francés, y se pasó al bando de su rival Carlos V, cuyos ejércitos mandó, desbaratando los de su antiguo señor.

En una ocasión, el Condestable necesitó conferenciar con su nuevo amo, y vino a Toledo donde éste se hallaba; y como el alojamiento debía corresponder a la calidad del huésped, el Emperador ordenó al Duque de Escalona, D. Pedro López Pacheco, que lo aposentase en su palacio.

Escalona, con mal reprimida indignación, contestó al emisario:

—En mi casa nunca han tenido cabida los traidores. Si S. M. lo manda, pondré mi casa a disposición del Condestable; pero tenga entendido, que en cuanto éste salga de ella, la reduciré a cenizas, pues no podrá ya habitarla sin desdoro ningún hombre honrado.

A los pocos días partió el Duque de Toledo con su familia y criados. Borbón llegó después y se aposentó en el palacio. Terminadas sus pláticas con el Soberano, lo abandonó y marchó... Y una de las siguientes mañanas,

el señorial caserón amaneció ardiendo por todos sus costados, sin que los dependientes del Duque, que vivían en Toledo, hiciesen cosa alguna por atajar el incendio.

El altivo prócer había cumplido su amenaza (1).

Mas tal procedimiento, si no muy comedido, fué menos justificado. Cierto que Borbón traicionó a su rey; pero ¿y su rey qué le hizo a él?

Anquetil nos lo pinta como "hombre austero en sus costumbres, celoso por la *disciplina y poseedor* del difficilísimo arte de ser amado y temido a la vez". De sus éxitos militares en pro de Francisco I, no hay que hablar; y su lealtad no se puso jamás en entredicho.

Pero había en la corte francesa una familia poderosa y casi regia, que envidiaba la fama del Condestable—la de Foix—a cuya cabeza figuraban Odet de Foix, Señor de Lautrec, y Tomás de Foix, Señor de Lescun, quienes además de su influencia natural, contaban con el incontrastable poderío de su hermana Francisca de Foix, manceba del Rey.

Éste, que era "jovial, libre en sus palabras, y de conducta bastante relajada"—lo contrario que Borbón—acogía con placer las diatribas de los Foix, y no había proposición que hiciese el Condestable, que no fuese desatendida, ni medida que adoptase que no fuese contrariada por el Monarca.

Las circunstancias obligaron a éste a nombrarlo Gobernador del Milanesado; pero muy luego lo destituyó, colocando en su lugar a Lautrec y tras éste a Lescun.

Tuvo Francia consejo de generales para decidirse a dar una batalla junto a Valenciennes, y bastó que Borbón se pronunciase por la afirmativa, para que el Soberano decidiese lo contrario.

(1) El Duque de Rivas en su romance *Un caballero leal*, atribuye esta hombrada al Conde de Benavente; pero las historias toledanas hacen protagonista de ella al Marqués de Villana y Duque de Escalona.

Por fin sobrevino el hecho de armas, y como el cargo de Condestable le daba derecho a mandar la vanguardia, el Rey lo destituyó, para que no aumentase su crédito militar.

¿Tenía conocimiento Escalona de estos secretos de bastidores? Probablemente no, pues en caso igual, él hubiese seguramente hecho lo mismo.

La lealtad tiene sus límites: si se rebasan, se convierte en servilismo, y no todos los hombres tienen temperamento servil.

Además de los varones que en el contenido de las precedentes páginas he mencionado como meritorios extremeños, concurrieron a afirmar la solidaridad de intereses entre Toledo y Extremadura y a intervenir en el gobierno Toledano, que fué el gobierno nacional, durante más de siete siglos, los siguientes dignatarios:

En el orden político el Rey godo Witerico, natural de Mérida, que sucedió a Liuva II en el año 603.

En el orden eclesiástico se cuentan como concurrentes a los concilios toledanos, memorables asambleas, factoras de nuestras leyes patrias, a los Metropolitanos de Mérida: Patruino, que presidió el concilio celebrado el año 400; Emilia que asistió al de 540, en tiempo de Theudis; el santo Mausona, hijo de Mérida, que presidió el celebrado en 589, y asistió al convocado por Recaredo, en 597; Inocencio, concurrente al mandado celebrar por Gundemaro en 611; Esteban, presente al que tuvo lugar en 633, ordenado por el Rey Sisenando; Oroncio, que acudió al de 646, convocado por Quindasvinto, al de 653, que presidió, y al de 656, en tiempo de Recesvinto; Próficio, que tomó parte en el de 677; Esteban que figuró en los celebrados en 681, 683 y 684, y Máximo que asistió al de 694 convocado por Egica.

Esto amén de los obispos sufraganeos, abades, diáco-

nos y otros clérigos de la provincia lusitana, que acompañaron y auxiliaron a aquellos prelados en su patriótica labor.

Recuerdo también, como figura de gran relieve, al cacereño Fr. Fernando Yáñez de Figueroa y Sotomayor, canónigo de la Primada toledana, capellán mayor de Reyes Viejos, Prior del convento de Guadalupe, que hasta tres veces renunció la mitra de aquella catedral, y fué el que, en unión del ex obispo de Jaén D. Pedro Fernández Pecha, fundó el convento de Jerónimos de Santa María de la Sista en 1384; a D. Pedro Martínez de Próxamo, de Badajoz, que hizo toda su carrera en Toledo, y fué párroco o capellán mayor del Sagrario, canónigo y deán de la catedral, confesor de los Reyes Católicos y Obispo de Badajoz; D. Antonio de Trejo y Paniagua, de Plasencia, gran teólogo del convento franciscano de Toledo, General de su Orden y Obispo luego de Cartagena; D. Gabriel de Trejo y Paniagua, paisano y pariente del anterior, Canónigo y Arcediano de la Primada, que llegó a Cardenal, y en 1546, cuando la elección de Gregorio XV, obtuvo siete votos para el pontificado; y don Juan Martínez Guijarro, conocido por *El Cardenal Siliceo*, una de las lumbreras de la Iglesia Universal, natural de Villagarcía, en la provincia de Badajoz, elevado al arzobispado en 1546, del que tantos recuerdos se conservan en la Primada y demás iglesias toledanas.

Ya indiqué con repetición en anteriores páginas, que las calles de la ciudad son estrechas, rampantes, tortuosas y oscuras, sobradas de rinconadas y escondrijos muy a propósito para celadas y sorpresas novelescas, cuyo laberíntico conjunto es el mejor aderezo del aspecto secular de la población.

Acá y acullá encuéntranse hermosas portadas flanqueadas de artísticas columnas y coronadas de preciados

blasones, reveladores de que aquellas viviendas pertenecieron un día a las más preclaras familias de la urbe, ya casi todas extinguidas o ausentes de sus arcaicos solares.

Como es natural, cada calle tenía su nombre, que respondía a algún acontecimiento cuyo recuerdo perpetuaba, a la indicación de qué gremio tenía en ella sus moradas, y a veces ¡pocas! a memorar el natalicio en una de sus casas de algún personaje célebre, honra del pueblo en que vió la luz.

Así tenemos noticias de calles de *La cabeza del Rey D. Pedro*, de *Tente necio*, del *Mago azul*, de *El chapín de D.^a Usenda*, de *El Gran Capitán*, de *Lope de Vega*, que significan algo, y algo cuentan al curioso viajero.

Y tales denominaciones perduraban, porque su mudanza traía consigo perturbaciones hasta en la titulación y registro de las propiedades que constituían su caserío.

Más hará como medio siglo—cuando el rasero social empezó a igualarnos a todos,—que se desarrolló en todo *titirimundi* un afán de notoriedad tan inmoderado, que no hubo ciudadano, por baja que fuese su estofa, que a título de concejal mangonero o de contratista de servicios públicos adinerado, no aspirase a tamaña distinción, al ver que el panadero de enfrente, que había medrado robando un pellizco de masa a cada hogaza, y el tabernero de la esquina, que bautizando y adulterando la sangre de Cristo, había atiborrado de centenes la escarcela, contemplaban ya sus nombres prosaicos y hasta mal sonantes, inscritos, más como un *inri* que como lábaro honorable, en las cartelas que lucían en la entrada de las ruas.

Y esta corriente invadió también a Toledo.

No fueron—¡menos mal!—taberneros ni panaderos los que sustituyeron con sus nombres los de las calles nuevamente bautizadas; pero por muy ilustres que sean, estos cambios de rotulatas me hacen el efecto de un precioso alicatado o gracioso paño de arabescos, que se recubriese con una capa de yeso, capa que pudiera resul-

tar muy blanca, tersa y charolada, pero de yeso al fin y de mínimo valor, comparada con las bellezas que encubría

Y allá va un caso, de los ciento que pudiera mencionar.

Me fijo en la plazuela de *Barrionuevo*.

¿Qué dice este nombre al turista?

Nada, absolutamente. Barrionuevo, lo hay en muchos pueblos y capitales, y sólo significa una agrupación de edificios modernamente construídos, o sea una significación antonomástica de lo que realmente es aquel barrio toledano.

En cambio su antiguo y gráfico nombre *Judería Vieja* ¡cuánto aliciente le ofrecía! ¡cuánto hablaba a su imaginación! ¡cómo transformaba la escena a los ojos de su ánima, sin cambiar la decoración!

Y si era, como es de presumir, un tanto versado en la historia toledana, se le ocurriría preguntar:

—¿A cuál de estas moradas descendió la inspiración que hizo escribir a Aben-Hezra su notable poema sobre el *Juego del ajedrez*? ¿Cuál fué la del ínclito astrónomo Jehudá Ha-Cohen? ¿Bajo qué techo de aquellos el omnisciente Abraham Haleví dió felice fin a su obra *Orden del Mundo*? ¿Qué terrado fué modesto observatorio en que Rabbi Zag de Sujurmenza compuso de orden de Alfonso X su preconizado *Astrolabio*? ¿Dónde tuvo sus hornillos y crisoles de alquimista, el físico del mismo Rey, Samuel Abenhuer, luchador constante con las dolencias de su amo, que como eran más que físicas morales, se escapaban a sus recursos curativos?

Nadie probablemente satisfaría su curiosidad; pero la imaginación con su índice mágico le señalaría el achaparrado zaquizamí, el ruinoso tugurio y el chiscón ennegrecido, donde, si por ventura no vivieron, pudieron vivir... y quedaría satisfecho.

Y lo que digo de la Judería, digo, por lo que atañe a la tradición, estereotipada en sus nombres, de las calles

de la Cabeza, Ave María, La Cava, Pozo Amargo, Corral de Don Diego, Cristo de la Parra, y Hombre de Palo.

Si cada una implica una leyenda, ¿por qué condenarlas al olvido, denominándolas caprichosamente?

El nombre de la última llamó extraordinariamente mi atención. ¿Qué fué o qué hizo aquel *Hombre de palo*?

Pues supé, que habiéndose encargado en la segunda mitad del siglo XVI, un gran Arquitecto italiano llamado Juanelo Turriano, de hacer un artificio con el que elevar las aguas del Tajo al alcázar y abastecer a éste y a la ciudad de tan necesario elemento, se le ocurrió en sus ratos de ocio, construir y articular un hombre de madera, y lo hizo con tal ingenio y precisión, que solía mandarlo por las mañanas a un convento próximo por la sopa que en él se daba a los pobres, con una escudilla que le traía llena a su factor Juanelo; y como éste moraba en la calle llamada hoy del *Hombre de Palo*, le pusieron este nombre, denominándose así, en recuerdo de tanta ingeniosidad.

Un día estuve en Cobisa, pueblecito distante dos leguas de Toledo, con el triple objeto de refrescar afectos familiares y amistosos, admirar una Pura Concepción, de Ricci, que se venera en su modesta y pulcra iglesia, y curiosear una Virgen de los Remedios, bizantina, que raptaron unos ganapanes del incendiado convento de la Sisle, para librarla del peligro de una techumbre que amenazaba hundirse, que luego abandonaron a la puerta de la iglesia del lugar, y fué piadosamente recogida por su ilustrado y virtuoso párroco D. Aniceto Hernández, quien la conserva como oro en paño en la capilla de su casa, y la defiende a capa y espada de las frecuentes acometidas de los anticuarios que la codician.

Cuando fallezca él, que con su buena posición me-

tálica acude a las necesidades de la parroquia, ¿a dónde irán a parar el cuadro de la Pura y la escultura bizantina?

Porque a pesar de las antiguas y recientes prohibiciones, ya gubernativas, ya episcopales, y hasta de la Nunciatura, gran parte de las iglesias españolas son una verdadera merienda de negros.

Regresé de Cobisa, ya bien caída la tarde. Por la parte de poniente velaba el horizonte una nube compacta y carbonosa preñada de tempestad, que aceleraba el paso a medida que yo mandaba avivar el de los trotones del carruaje.

Pasaba cerca del histórico castillo de San Servando, y no quise desperdiciar la ocasión de visitarlo.

Emplazado sobre una tajada eminencia, próxima y al saliente de la reina del Tajo, era un gran baluarte defensivo de ésta, cuando su guarnición formaba parte de la capital; mas un peligro imponente si en ella se alojaba el enemigo.

Bajé del coche y penetré en su amplísimo recinto por el postigo que mira al mediodía.

¡Qué desolación tan absoluta!

Inmensos y almenados lienzos de muralla, desdentados por el eterno remoler de los años; que estaban siendo objeto de una piadosa consolidación por cuenta de la Diputación Provincial, bajo la dirección de su competente arquitecto D. Ezequiel Martín; restos de habitaciones destechadas; sillares desencajados; impostas derruídas; dovelas fragmentadas... ¡El genio del estermio pavoneándose por todas partes!

La vida estaba allí representada por una fatídica cornuja; posada en un merlón, que con quejumbroso garrular parecía lamentarse de tanta devastación, y algún reptil que remecía los pajizos jaramagos, al rumor de mis pisadas, huyendo a guarecerse en las óquedades de aquellos cimientos seculares.

Las sombras nocturnas, entenebrecidas por la tormenta, desdibujaban el contorno de los objetos que ins-

tantáneamente reconstituía la llamarada de los relámpagos; y el trueno con su ronca voz de titán, rodaba pavoroso por las profundidades del río.

Yo, perdida la serenidad, apenas tuve tiempo de recordar el origen sarraceno de la fortaleza; el trabajo que costó a Alfonso VI su reconquista; el establecimiento en ella de un convento benedictino; las frecuentes acometidas que le dieron los musulmanes para volver a enseñorearla, que obligaron a la comunidad a trasladar su residencia de ella; su donación a la orden militar del Temple; su ruina después que esta orden se suprimió; su reedificación en tiempo y con ayuda del arzobispo Tenorio. . . ¡qué sé yo! porque el fragor del cielo, impedía a mi mente hacer alto en las cosas de la tierra.

Si vuelvo alguna vez por aquellos sitios, tornaré a visitar la vetusta mole tan decrepita como interesante; pero procuraré elegir hora más temprana de día más sereno.

Como justificación del título de ésta que yo quise que fuese simple carta, y ha resultado un libro, malo por supuesto como mío, he de añadir, que apartándome de la rutina de estas reseñas de viaje, que no satisfacen, por regla general, más que el amor propio de los turistas que las hilvanan, propúseme que resaltase en ella algo práctico e instructivo; dando a conocer como hace poco apunté la intervención que las gentes extremeñas han tenido en la vida toledana. Por eso, cuando he tenido ocasión, he apuntado el pueblo natal de algunos personajes naturales de Extremadura, que me ví obligado a mencionar.

Son, indudablemente, los principales, pero son la menor parte, pues tanto en el orden eclesiástico, como en el civil y el militar, han sido muchos, muchísimos, los que pasaron por la Iglesia Primada, como dignidades y mi-

nistros de ella, para salir después a prioratos, generalatos de órdenes monásticas y obispados; muchos los que desempeñaron altos cargos en los diversos ramos de la administración pública; y muchos los que ilustrados en sus centros militares, dieron a la patria días de gloria.

Tampoco he mencionado todos los monumentos que encierra la ínclita ciudad. He preterido muchas iglesias, hospicios, colegios, cárceles y otras oficinas del Estado: he prescindido del Palacio arzobispal, del Ayuntamiento, del Teatro, casas de los Templarios, de los Toledos, de Munárriz, de Fuensalida, de la Hermandad, Taller del Moro, Corral de Don Diego, Baño de la Cava y otros varios edificios, verdaderamente monumentales, llenos de inscripciones, fragmentos arquitectónicos y motivos de ornamentación primorosísimos, por no cansar a V., pues yo mismo estoy cansado.

Pero vaya usted, vaya usted a Toledo, venero inagotable de cosas peregrinas... unas en pie, otras arruinadas, pero cuyo conjunto le dará la idea de lo que fué, tal vez más interesante en su decadencia, que cuando todo en ella estaba flumante.

Allí todo habla a los ojos y oídos de los que saben ver y oír. Hablan de arrufadías señoriales las piedras cargadas de escudos e inscripciones; habla de arcaicas industrias el artificio de Juanelo; hablan de ciencia y ascetismo las celdas monacales; hablan de cautiverios y torturas, las cadenas que cuelgan de los muros de San Juan de los Reyes; hablan de seducciones y escapatorias las rejas y falsetes callejeros; hablan los *Cigarrales* de francachelas y pasiflores; hablan, con chirridos agoreros de ventiscas y turbiones, cuando no de cabalgatas aéreas de genios invisibles, las alocadas veletas que voltean sobre los vetustos campanarios; hablan, en fin, las quejumbrosas ondas del Tajo, que parecen repetir aquella pavorosa profecía, que rimó la musa de Fr. Luis de León, anunciando a España inminente cataclismo,

con la sola diferencia de que ahora los sarracenos no necesitan venir del otro lado del Estrecho: los tenemos en casa.

Si algún día se decide V. a ir a saborear tanta belleza, cuente con mi compañía; pues espíritu que una vez respire aquel ambiente embriagador, se siente tocado, fuera de él, de la nostalgia del arte.

Siempre su amigo sincero,

PUBLIO HURTADO

18 de junio de 1920.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
I En marcha	3
II Camino de la ciudad	6
III La Catedral	9
IV Otros templos notables	16
V Suma y sigue	23
VI Establecimientos benéficos, docentes e industriales	28
VII Exposición de Bellas Artes	35
VIII Museos	40
IX Mesa revuelta de cosas toledanas	52



OBRAS DEL MISMO AUTOR

- Amor y Martirio**, leyenda de costumbres contemporáneas, en verso.
- La Mujer Adúltera**, poema bíblico, en verso.
- Crónica** de la venida a Cáceres de los reyes de España y Portugal, con motivo de la inauguración del ferrocarril internacional directo de Madrid a Lisboa en 1881.
- Indianos Cacerenses**, notas biográficas de los hijos de la alta Extremadura que sirvieron en América durante el primer siglo de su conquista, premiada con medalla de plata en la Exposición regional de Badajoz de 1892.
- Alonso Golfín**, leyenda histórico-novelesca, en prosa.
- Laodicea**, cuento heleno, premiado en los Juegos Florales de Badajoz, año de 1900.
- El Mayor Triunfo de Seleuco o el Vencedor de sí mismo**, episodio histórico, en prosa, premiado en los Juegos Florales de Teruel el año de 1901.
- El Caramillo del Dios Pan**, fantasía mitológica, en prosa, premiada en los Juegos Florales de Huelva de 1902.
- Buscando el Cielo**, aventura místico-profana, en prosa, premiada en los Juegos Florales de Cuenca de 1902.
- Supersticiones Extremeñas**, anotaciones psico-fisiológicas, con un prólogo de D. Urbano González Serrano.
- El Idolo roto**, realidades de otros días.
- La Batalla de Zalaca**, episodio histórico-extremeño.
- Los Extremeños en América**, estudio histórico-biográfico, premiado por el Ateneo de Badajoz en el Certamen celebrado con motivo del Centenario de la publicación del *Quijote*, en vista del informe dado acerca del trabajo por la Real Academia de la Historia. (Inédito).
- Tribunales y Abogados cacerenses**, Memoria histórica dedicada al Ilustre Colegio de los de esta Capital.
- Castillos, Torres y Casas fuertes** de la provincia de Cáceres.
- Ayuntamiento y familias cacerenses**.
- La parroquia de San Mateo de Cáceres y sus agregados**.
- Cuentos y novelas**: *El beso mortuorio*.—*Los pompeyanos en Cáparra*.—*Monima de Mileto*.—*El arquero de Lincoln*.—*Las plumas del ganso*.—*Culantrillo el curandero*.—*El aderezo de perlas*.—*El realismo de la vida*.—*Sara y Agar*.—*La golondrina y el petirrojo*.—*El rizo negro*.—*Kinza*.—*Alfira la gitana*.—*Redentora*.—*Los penitentes de Cubillana*.—*Cuquilo y Perinolita*.—*Tras el eterno ideal*.—*Perfecto Amor*, y *El anillo nupcial*.